

TERROR

Selección TERROR

Joseph Berna

EL SEÑOR DE LA NOCHE

JOSEPH BERNA
EL SEÑOR DE LA NOCHE

ISBN 84-02-02506-4 Depósito legal: B. 40.287-1983

Impreso en España

Printed in Spain

1.* edición en España: enero, 1984

1.* edición en América: julio, 1984

EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona 1984

CAPITULO PRIMERO

Trevor Bingham sacó su coche, un reluciente Opel Rekord, de Londres, tomando una carretera de escaso tráfico. Había anochecido ya, pero los potentes faros del moderno automóvil iluminaban perfectamente la solitaria carretera.

En el Opel Rekord, sentada al lado de Trevor, viajaba también Alice Copeland, una atractiva muchacha de sólo dieciocho años de edad, cabellos rubios y ojos azulados.

Como vestía una falda muy corta, que no le hubiera tapado las rodillas ni a una niña de siete u ocho años, sus bonitas piernas estaban casi totalmente al des- cubierto.

Y Trevor, claro, se las miraba de vez en cuando, llegando incluso a posar su mano izquierda sobre los largos y esbeltos muslos femeninos, para acariciarlos brevemente, ya que no podía conducir mucho tiempo con una sola mano.

Alice no protestaba cuando Trevor le acariciaba las piernas.

Es más, sonreía, porque le agradaba el contacto de su mano y su forma de acariciar, suave y hábil. Era un experto, no cabía duda. Debía de haber acariciado cientos de piernas femeninas.

Cientos de piernas... y de otras cosas, porque Trevor Bingham era un tipo apuesto, elegante, y varonil. De los que gustan a las mujeres al primer golpe de vista. Se las debía llevar de calle.

Y sólo tenía veintisiete años.

Cuando vio que salía de Londres y tomaban una carretera de muy poco tráfico, Alice preguntó:

—¿Adónde me llevas, Trevor?
—A un lugar que te encantará.

—¿Qué lugar es ése?

—Ya lo verás cuando lleguemos.

—No quieres decírmelo, ¿eh?

—No, es una sorpresa.

—¿Está lejos?

—No, apenas media hora.

—Por esta carretera no pasa una rata, Trevor. —Pues conduce a Burlington.

—¿Burlington...?

—Es un pequeño pueblo. ¿No lo has oído nombrar? —No, es la primera vez.

—Yo he estado varias veces en él.

—¿Vamos a Burlington?

—No, exactamente.

—Pero sí cerca de Burlington, ¿eh?
—Sí, muy cerca.

—¿Con qué finalidad me llevas a ese misterioso lugar, Trevor? —preguntó Alice. Trevor la miró un instante a los ojos, al tiempo que posaba una vez más su mano izquierda sobre los torneados muslos femeninos.

—¿Tú que crees? —preguntó a su vez, llegando con su mano hasta muy arriba.

Alice notó que los dedos de Trevor rozaban su prenda íntima, pero tampoco protestó en esta ocasión.

—Quieres hacer el amor conmigo, ¿verdad? —adivinó.

—Sí —respondió Trevor.

—¿Por qué?

Trevor retiró su mano de los muslos femeninos, para manejar el volante como es debido.

—Me gustas mucho, Alice. Tú ya lo sabes.

—Tú también me gustas a mí, Trevor, pero...

—¿Qué?

—No quisiera ser una más para ti, ¿sabes?

Trevor sonrió.

—No lo

serás, Alice.

—¿Sientes algo por mí, aparte de deseo?

—Claro.

—¿Qué sientes, Trevor?

—Muchas cosas que no tienen nada que ver con el sexo.

—¿Me quieres?

—Sí.

—¿Lo dices sinceramente?

—¿Por qué iba a mentirte?

—Para que acceda a hacer el amor contigo.

—No tengo por norma engañar a las mujeres, Alice. Cuando hago el amor con alguna, es porque ella también lo desea. Si tú no lo deseas, yo no te obligaré, puedes estar tranquila.

Alice se mordió el labio inferior.

—Deseo sentirme en tus brazos, Trevor, pero...

—Continúa.

—Soy

virgen, ya lo sabes.

—¿Te asusta eso?

—No, no me da ningún miedo perder mi virginidad. Si todavía la conservo, es porque quiero entregársela a un hombre que me quiera de verdad, no al primero que sienta deseos de llevarme a la cama.

Trevor la miró y le sonrió.

—Eres maravillosa, Alice —dijo, y la besó en los labios.

Fugazmente, claro, porque tenía que seguir atento a la carretera.

Tras el beso, la muchacha preguntó:

—¿Es cierto que me amas, Trevor?

—Sí.

—Entonces, mi virginidad será para ti.

—No te arrepentirás, te lo garantizo.

Alice sonrió.

—Bésame otra vez, Trevor.

—Encantado —respondió él, y volvió a besarla, aunque tan brevemente como antes.

Después, siguió atento a la conducción.

Todavía volvió a acariciarle los muslos un par de veces más, antes de llegar al misterioso lugar, que resultó ser un viejo castillo medieval.

Cuando vio que Trevor detenía su coche frente al puente levadizo, que por cierto estaba bajado, Alice exclamó:

—¿Es aquí...?

—Sí, hemos llegado.

—¡Pero si es un castillo, Trevor!

—Esa era la sorpresa, Alice.

—¿A quién diablos pertenece?

—Es mío.

—¿Tuyo...? —respingó la joven.

—Sí, lo he heredado hace poco.

—¡Es fantástico, Trevor!

—Te gusta, ¿eh?

—¡Lo que me gusta es que poseas un castillo! —respondió Alice, abrazándolo.

Trevor rió y explicó.

—Perteneció a un antepasado mío. Un barón, ¿sabes?

—¿Un barón...?

—Sí, el barón Ramsey; Frederick Ramsey.

—¡Fabuloso!

—¿Entramos, Alice?

—¡Lo estoy deseando, Trevor!

—Vamos allá.

Trevor puso el Opel Rekord en marcha y lo hizo pasar por el puente levadizo, que crujió al recibir el peso del vehículo, pero no de una manera alarmante, ni mucho menos, por lo que Alice no llegó a asustarse.

El coche cruzó la entrada del castillo y sus faros alumbraron el patio. Iluminaron, también, la escalera de semicaracol por la que se accedía a la puerta del castillo. Trevor detuvo el vehículo junto a la escalera, apagó las luces, y tomó la linterna eléctrica que llevaba en la guantera.

—Salgamos, Alice —dijo, abriendo la puerta de la derecha.

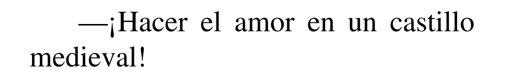
La muchacha salió por el otro lado.

Trevor estaba alumbrando ya la escalera con la luz de su linterna.

Alice le cogió de la mano y se la apretó.

—¡Qué emocionante, Trevor!

—¿El qué?



—¡Hacer el amor en un castillo medieval!

Trevor rió.

—Sabía que te encantaría la idea.

—No podía ni soñar que perdería la virginidad en el castillo del barón Ramsey.

—Él tampoco.

—¿Quién?

—¡El barón Ramsey! —respondió Trevor, riendo de nuevo.

Alice unió su risa a la de él.

—¡Seguro que no! —dijo.

Subieron los peldaños y alcanzaron la puerta del castillo.

Como no estaba cerrada con llave, Trevor sólo tuvo que empujarla.

Con fuerza, eso sí, porque era muy pesada, debido a su grosor y a las numerosas incrustaciones metálicas que la adornaban.

Trevor y Alice penetraron en el castillo.

La luz de la linterna iluminó el espacioso vestíbulo, que estaba, lógicamente, lleno de polvo, por el tiempo que hacía que en el castillo no se había limpiado.

Los muebles eran recios y habían soportado bien el paso de los años.

Lo primero que hizo Trevor, después de cerrar la pesada puerta, fue encender las velas del par de candelabros que se veían en el vestíbulo.

Como alumbraban más que la linterna, apagó ésta y cogió uno de los candelabros, guardándose la linterna en el bolsillo de la chaqueta. Tomó de la mano a Alice y dijo:

—Vamos, nena. Quiero presentarte al barón Ramsey.

CAPITULO II

Gary Moore, periodista de profesión, actualmente encuadrado en el equipo de reporteros de *El Correo Londinense* contaba veintiocho años de edad, tenía el pelo oscuro, y las facciones correctas.

Correctas... de momento.

Cuando subiese al apartamento de su novia, segura mente le cambiaría la cara, porque lo más probable es que ella la emprendiera a golpes con él y empezara a arrojarle cosas a la cabeza.

Era lo que solía hacer cuando estaba furiosa.

Y aquella noche tenía forzosamente que estarlo, porque él llegaba con casi dos horas de retraso a su cita con ella.

¡Nada menos!

Gary, que no quería perder un solo segundo más, detuvo su Talbot frente al edificio de apartamentos en donde vivía su novia, salió rápidamente del vehículo, y se metió corriendo en el portal.

Utilizó el ascensor, porque el apartamento de Sheila Norton se hallaba en la sexta planta. Mientras el artefacto mecánico subía, el periodista murmuró:

—¿Y si le dijera que se averió el ascensor y quedé atrapado en él casi dos horas...?

Meneó la cabeza.

Lo de la avería del ascensor no era una buena excusa y Sheila, que no tenía un pelo de tonta, no se lo creería. Con esa mentira sólo conseguiría aumentar su furia.

Y si su furia aumentaba, aumentaría también la ración de bofetadas.

Y de patadas a las espinillas.

Y de tirones de pelo.

Aumentaría, igualmente, el lanzamiento de objetos.

—Es mejor que le diga la verdad —decidió Gary, justo en el momento que el ascensor alcanzaba la sexta planta.

Salió con rapidez del aparato y corrió hacia el apartamento de su novia. Después de pulsar el timbre, se santiguó y murmuró:

—San Bartolomé me proteja y no permita que Sheila me parta una ceja.

Su novia tardó sólo unos segundos en abrir, envuelta en una bata.

Al ver su expresión, Gary echó de menos una armadura completa.

Y con la visera del yelmo bajada.

Sheila le iba a hinchar la cara a golpes, estaba claro.

Y a llenarle las espinillas de moretones.

Y hasta es posible que lo dejara medio calvo, de tanto tirón de pelo.

Por el momento, sin embargo, Sheila no le atizó.

Le costaba muchísimo controlar su furia, eso era evidente, pero lo conseguía. Había abierto la puerta con la mano izquierda y mantenía la derecha oculta en su espalda.

Esto último hizo sospechar al reportero que su novia escondía algún objeto contundente, con el que pensaba atizarle en cuanto su furia estallara.

Gary volvió a echar de menos una armadura.

O un casco de motorista, porque también serviría.

El periodista carraspeó nerviosamente.

—Hola, Sheila.

—Llegas un poco tarde, ¿no?

—Me he retrasado mucho, lo sé.

—Un par de horas, nada más.

—El trabajo, Sheila. Los reporteros somos unos

esclavos, tú ya lo sabes.

—Desde luego. No es la primera vez que te retrasas, aunque sí es la primera vez que quedas en llevarme a cenar y apareces casi a la hora del desayuno.

Gary tosió.

—Tampoco hay que exagerar, cariño.

—¿De verdad te parece que exagero?

—Mujer, lo del desayuno...

—¿Quieres pasar, Gary?

Como Sheila seguía con la mano derecha en su espalda, el periodista estuvo tentado de responder que no, que prefería marcharse y volver al día siguiente.

Pero no podía decir eso, claro, así que carraspeó de nuevo y respondió:

—Gracias por ser tan comprensiva, nena.

—Vamos, entra.

Gary penetró en el apartamento de su novia.

Cerró los ojos y murmuró:

—San Bartolomé, no permitas que Sheila me «dé».

Por desgracia para el reportero, San Bartolomé debía de estar ocupado evitando otras cosas y no evitó que Sheila levantara su mano derecha y le estrellara en la cabeza el búcaro que había mantenido oculto en su espalda.

El búcaro,

naturalmente, se hizo añicos.

Pero Sheila quedó contenta, porque su novio se desplomó como un saco de patatas al recibir el duro impacto. Quedó tendido en el suelo, gimiendo y agarrándose la testa con ambas manos.

—¡Me has roto la cabeza, Sheila!

—¡Te lo merecías! —rugió ella.

—¿Por qué?

—¿Y todavía lo preguntas...?

—¡No me he retrasado deliberadamente, Sheila! ¡Tuve trabajo, ya te lo he dicho!

—¡Tú médico también lo va a tener!

Gary vio que su enfurecida novia tomaba un jarrón.

Y no para llenarlo de flores, precisamente.

¡Pensaba hacer lo mismo que había hecho con el búcaro!

¡Rompérselo en la cabeza!

Gary trató de incorporarse.

—¿Es que quieres matarme, Sheila...?

—¡Sólo que te den un montón de puntos de sutura en la cabeza!

—¡No seas cruel!

—¡Soy lo que me sale de las narices!

—¡Sheila, no...!

El jarrón ya iba por los aires, buscando la cabeza del reportero.

Gary se apartó a tiempo y el jarrón se estrelló contra el suelo, partiéndose en pedazos.

—¡Maldita sea! —rugió Sheila, rabiosa por la inútil rotura del jarrón.

—¡Si llegas a darme, me sacas los sesos por las orejas! —gritó el periodista.

—¡Eso pretendía!

—¡Qué malvada!

—¡Espera y verás!

Gary vio que su novia corría hacia una figura que debía de pesar lo suyo, porque era de bronce.

—¡Eso no, Sheila! —chilló, al tiempo que se erguía.

—¡No quiero romper más cosas!

—Sólo mi cabeza, ¿eh?

—¡Exacto!

—Bueno, ya que San Bartolomé no hace nada por impedirlo, yo lo haré —rezongó Gary, y corrió hacia su novia.

Sheila ya estaba cogiendo la figura de bronce.

Cuando se volvió, Gary cayó sobre ella y la derribó.

El periodista quedó encima de su novia.

Ella intentó golpearle, pero Gary le sujetó los brazos contra el suelo, con fuerza.

—¡Cálmate, Sheila!

—¡Cuando te haya sacado los ojos!

—Me privarías de ver cosas muy hermosas... —murmuró el reportero, clavando su mirada en el pecho de su novia.

En la caída y en el posterior forcejeo, la bata de Sheila se había abierto bastante y sus túrgidos senos estaban casi totalmente visibles, ya que bajo ella sólo llevaba un breve pantaloncito.

Sheila, que tenía el pelo castaño y los ojos color miel, se dio cuenta de que sus pechos estaban prácticamente el descubierto y se agitó, tan furiosamente como inútilmente, porque Gary la tenía bien sujeta.

—¡Suéltame, bandido!

—En cuanto te hayas calmado.

—¡Eso no será hasta mañana, por lo menos!

—Bueno, yo no tengo ninguna prisa.

—¡Cúbreme, maldito!

—¿De besos?

—¡De cuernos!

—Harían falta muchos toros. Y no creo que se dejaran arrancar los cuernos, así que te cubriré de lo otro.

—¡No Gary! ¡Te lo prohíbo!

El periodista no hizo caso y empezó a besar a su novia.

En los labios, en los pómulos, en los ojos, en las orejas...

Eran besos cortos, suaves, enervantes.

Y aún lo fueron más cuando los labios de Gary se deslizaron por el cuello de su novia y alcanzaron sus preciosos senos, cubriéndolos también de hábiles besos.

Sheila se agitaba, pero ahora no era de furia.

—Maldito... —murmuró, con los ojos cerrados.

Gary volvió a buscar los labios de su novia, que temblaban perceptiblemente, y la besó, esta vez largamente y con ardor.

Ella no tardó en devolverle el beso.

Gary le soltó los brazos, seguro de que su furia se había aplacado.

Efectivamente, Sheila no le golpeó.

Lo que hizo, fue rodearle el cuello con sus brazos, apretadamente. Gary le acarició las piernas, las caderas los senos...

Todo estaba visible ya, excepto lo que cubría el sucinto pantaloncito. Pero éste no tardaría en volar por los aires, porque el reportero deseaba hacer el amor con su novia. Y ella, estaba claro, deseaba lo mismo.

CAPITULO III

Alice Copeland se había quedado clavada en el amplio vestíbulo del castillo medieval.

—¿Que quieres presentarme a quién...? —preguntó, creyendo no haber oído bien. Trevor Bingham rompió a reír.

—¡Al barón Ramsey! —repitió.

—Déjate de bromas macabras, Trevor.

—¿Bromas macabras...?

—El barón Ramsey está muerto. Debió morir hace muchos años.

—Más de doscientos —asintió Trevor
—¿Y por qué dices que me lo quieres presentar?

—Me refería a su tumba, Alice.

—¿Tumba...?

—Sí, sus restos mortales reposan en la cripta del castillo.

—Entiendo.

—Vamos, nena.

Los pies de Alice continuaron clavados en el suelo del vestíbulo.

—Espera, Trevor.

—¿Qué te pasa?

—No creo que la cripta sea el lugar más bonito de este castillo, así que ya bajaremos otro día.

—Te equivocas, Alice. Yo ya he estado en ella y puedo asegurarte que es un lugar digno de ver. La tumba del barón Ramsey es una preciosidad.

—Cuando tú lo dices, verdad será. Pero te recuerdo que no me has traído a tu castillo para mostrarme tumbas, sino para hacerme el amor, Trevor.

—Podemos hacerlo en la cripta.

—¿Qué...? —respingó Alice.

—Sobre la tumba del barón Ramsey.

—¡Ya vuelves a ser macabro, Trevor!

Este rió de nuevo.

—Estaba bromeando, Alice.

—Vamos, olvídate de la cripta y enséñame el resto del castillo.

—Sería una falta de respeto hacia el barón Ramsey, por lo que insisto en que visitemos la tumba en donde reposa.

—¡Pero si ya no debe de quedar nada de él, con la de años que lleva muerto!

—Eso no importa, Alice. Quede mucho o quede poco, en su tumba reposa. Y es nuestro deber bajar a la cripta a rezar una oración delante de su tumba.

La muchacha suspiró.

—De acuerdo, bajemos a la cripta —accedió—. Pero sólo un momento, ¿eh? No me gustan nada las tumbas —confesó.

Trevor sonrió.

—La del barón Ramsey te fascinará, ya verás —dijo, tirando de la joven.

La llevó hacia la puerta de la cripta.

Las velas del candelabro iluminaron la escalera de piedra que conducía a la cripta. Trevor y Alice bajaron por ella.

Cuando alcanzaron la cripta, Alice pudo comprobar, no sin sorpresa, que allí abajo no había polvo, telarañas, ni suciedad. Todo estaba limpio.

—¿Por qué no hay polvo aquí abajo, Trevor...? —preguntó.

—Yo me encargué de quitarlo.

—¿Limpiaste personalmente la cripta...?

—Sí.

—¿Por respeto al barón Ramsey?

—En efecto.

—Cuántas atenciones tienes con él, para no haberlo conocido.

—Era un antepasado muy digno, Alice. Merece que me ocupe personalmente de él.

—Ya.

—¿Qué te parece su tumba? ¿No es una maravilla...?

Alice observó el sepulcro del barón Ramsey.

Lo primero que le llamó la atención, fueron sus dimensiones.

—Es muy grande, ¿no? —murmuró.

—Es que el barón Ramsey era un hombre muy alto y muy corpulento.

—¿Cómo lo sabes?

—He visto un par de retratos suyos.

—¿Me los enseñarás?

—Por supuesto.

—Tenías razón, Trevor. La tumba del barón Ramsey es muy hermosa.

—Sabía que te gustaría.

—Recemos la oración y volvamos arriba.

—¿Por qué tanta prisa?

—Eres tú quien debería tenerla, Trevor. ¿O es que se te han ido las ganas de hacer el amor conmigo?

Trevor emitió una risita y dejó el candelabro sobre una repisa, para poder tener las dos manos libres. Después, abrazó a Alice y dijo:

—No sabes cómo te deseo, nena.

—Llévame a la alcoba, pues. Y hazme tuya allí. Serás el primero, ya lo sabes.

—Gracias, Alice —dijo Trevor, y la besó en los labios, ardorosamente.

Ella le devolvió el beso, con idéntica pasión.

Trevor deslizó su mano derecha hacia el busto de Alice, le abrió la blusa y le oprimió los pechos, brevemente cubiertos por el pequeño sujetador de nylon blanco, que se abrochaba por delante.

No tardó en estar desabrochado.

Alice se estremeció de placer cuando Trevor le acarició los senos, libres ya del sujetador. Lo hacía muy hábilmente y el deseo de la muchacha de entregarse a él crecía por segundos.

De pronto, Trevor le abrió la breve falda y tiró de ella hacia abajo, hasta hacerla caer a sus pies. Lo de la caída de la falda, no le gustó nada a Alice, porque parecía indicar que Trevor tenía intención de poseerla allí abajo, en la cripta, en vez de llevarla a una alcoba y hacerle el amor en la cama, tal y

como ella quería y le había pedido.

La joven interrumpió el beso.

—Trevor... —murmuró, mirándolo a los ojos.

—¿Qué?

—¿Por qué me has despojado de la falda?

—Para poder acariciártelo todo.

—Ya lo harás cuando estemos en la alcoba.

—¿No es lo mismo que te acaricie aquí?

—Es el lugar menos apropiado, Trevor.

—Tonterías. Cuando un hombre y una mujer se desean, cualquier lugar es bueno para...

—No bromeabas cuando dijiste que podíamos hacer el amor aquí abajo, sobre la tumba del barón Ramsey, ¿verdad?

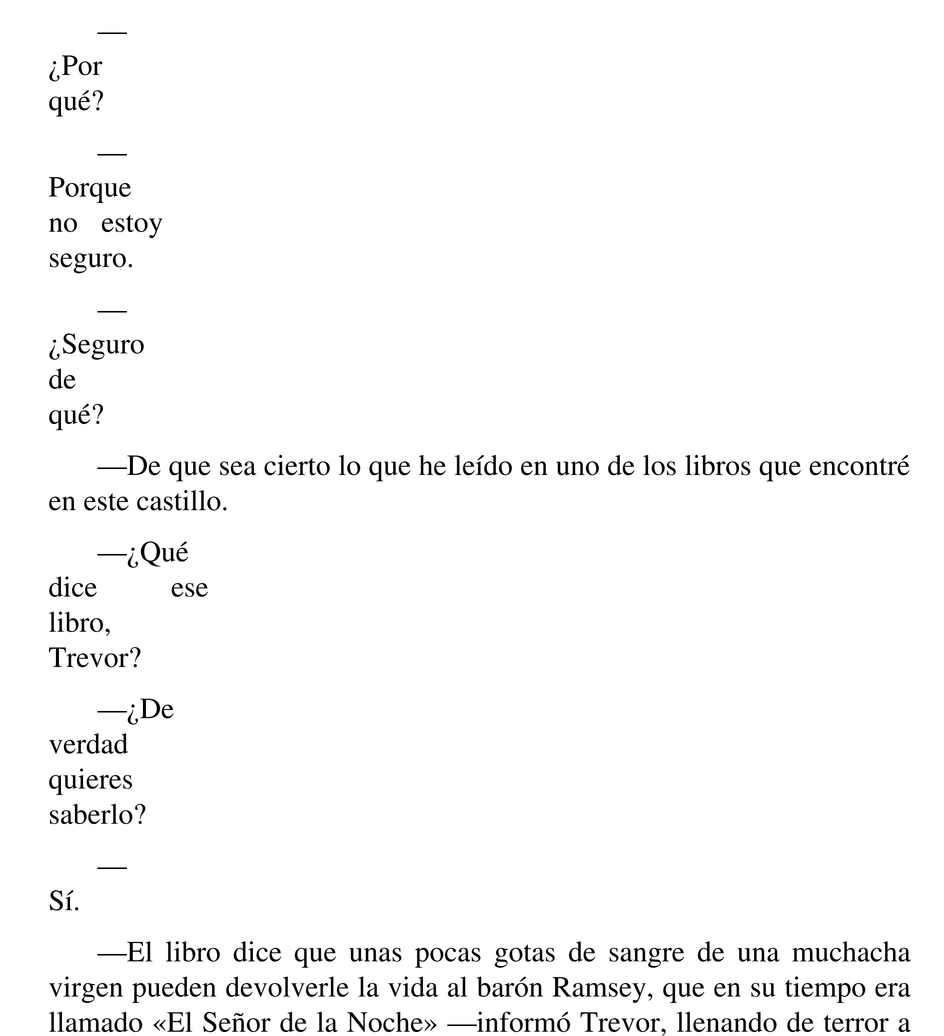
—Está muy limpia, Alice, ya lo has visto.

—¿Y eso no sería una falta de respeto hacia él...?

—Al contrario. Es lo que el barón Ramsey desea, que hagamos el amor sobre su tumba. Y lo que necesita, para...

—¿Para qué? —preguntó Alice, al ver que Trevor se interrumpía.

—No puedo decírtelo.



—¿Por qué?

—Porque no estoy seguro.

—¿Seguro de qué?

—De que sea cierto lo que he leído en uno de los libros que encontré en este castillo.

—¿Qué dice ese libro, Trevor?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí.

—El libro dice que unas pocas gotas de sangre de una muchacha virgen pueden devolverle la vida al barón Ramsey, que en su tiempo era llamado «El Señor de la Noche» —informó Trevor, llenando de terror a Alice.

CAPITULO IV

Sheila Norton se estaba cerrando la bata.

—Eres un maldito granuja, Gary —rezongó, mientras se ataba el cinturón.

Gary Moore, sentado en el suelo, junto a su novia, se llevó la mano a la parte posterior del cráneo y compuso un gesto de dolor.

—Y tú una chica muy agresiva, Sheila. Tengo un chichón como un huevo de gallina.

—Eso no te impidió hacerme el amor.

—Era la única manera de aplacar tu furia.

—Conoces mi punto débil, ¿eh?

—Éste —respondió el periodista, recogiendo el pícaro pantaloncito de Sheila, que yacía en el suelo, como la chaqueta de él.

—¡Trae eso! —barbotó su novia, arrebatándoselo de un zarpazo.

Gary rió.

—Ya empiezas a enfurecerte de nuevo, cariño.

—Tú me enfureces, Gary.

—¿Cómo es posible, con lo mucho que te quiero?

—No estoy muy segura de eso.

—Te lo he demostrado muchas veces.

—Menos de las que yo quisiera.

El reportero tosió.

—Vengo a verte siempre que puedo, Sheila. Lo que pasa es que el trabajo...

—Otra vez la misma excusa —gruñó la joven.

—No es una excusa, cariño. Es la pura verdad.

—Yo averiguaré si tienes otra.

—¿Otra qué?

—¡Chica!

El periodista respingó.

—¿Cómo puedes pensar eso, Sheila...?

—No me extrañaría nada, ¿sabes?

—¡Si para mí no existe más mujer que tú!

—Lo mismo le dirás a la otra.

—¡No hay ninguna otra, te lo juro!

—Es muy sospechoso que a veces pasen tres o cuatro días sin que vengas a verme, Gary.

—¡Cuando no vengo es porque el trabajo me lo impide, Sheila!

—O la otra.

—¡Y dale con la otra! ¿Cómo quieres que te diga que para mí no hay más mujer que tú...?

—¿Es rubia o morena?

—¡Es cuernos! —se enfadó el reportero.

—Los que tú me pones a mí, cuando te acuestas con ella.

—¡Yo sólo me acuesto contigo!

—De tarde en tarde.

—¡Cuando puedo!.

—O cuando te deja la otra.

Gary agarró del cuello a su novia.

—¿A que te estrangulo?

—¿Para poder casarte con la otra?

—¡Sheila, que no respondo de mí! —advirtió Gary, con fiera expresión.

Su novia, en vez de asustarse, le sacó la lengua.

—¿Te burlas, encima...? —rugió el periodista.

—¿Quién se burla?

—¡Me has sacado la lengua!

— ¡Porque me estás estrangulando! —respondió Sheila, y volvió a sacar la lengua. Gary se dio cuenta de que su novia tenía ganas de broma y se alegró, aunque mantuvo su fiero gesto.

—¿Qué prefieres, Sheila? ¿Qué te estrangule de ver dad o que te haga otra vez el amor?

—¡Lo segundo, lo segundo! —respondió ella, sin dudar.

Gary rió y besó a su novia, a la que minutos después poseía de nuevo.

* * *



Alice Copeland temblaba perceptiblemente, en brazos todavía de Trevor Bingham.

—Dime que es otra de tus bromas macabras, Trevor... —pidió, sin apenas voz.

—No es ninguna broma, Alice. El libro que leí, dice eso. Y yo quiero saber si es cierto o no. Por eso te he traído al castillo. Tú eres virgen, Alice. En cuanto unas gotas de tu sangre caigan sobre los restos del barón Ramsey, sabremos si...

—¡Estás loco, Trevor! —gritó la aterrorizada muchacha, al tiempo que se separaba con brusquedad de él.

—Tengo que salir de dudas, Alice.

—¡Pues búscate a otra!

—No abundan las muchachas vírgenes en Londres, ¿sabes?

—¡Ese es tu problema!

—¿No quieres ayudarme, Alice?

—¡Lo que quiero es abandonar cuanto antes esta maldita cripta! ¡Y tu maldito castillo! ¡No volveré a poner los pies en él aunque me ofrezcas un millón de libras! Trevor sonrió fríamente.

—No tengo tanto dinero, Alice.

La atemorizada joven no respondió.

Ya se había abrochado el sujetador y cerrado la blusa, así que recogió su faldita del suelo. Justo cuando iba a ponérsela, Trevor dijo:

—Si no me entregas tu sangre de virgen voluntariamente, tendré que robártela.

—¿Robármela...?

—Sí, eso he dicho —rezongó Trevor, y le asestó un puñetazo en la barbilla.

La infortunada Alice emitió un gemido, puso los ojos en blanco, y se derrumbó sin conocimiento, quedando totalmente a merced del hombre que había he redado el castillo del barón Ramsey.

* * *

Cuando Alice Copeland volvió en sí, comprobó que continuaba en la cripta, tirada en el suelo, sin la breve falda... y sin el pantaloncito.

No tuvo necesidad de preguntar lo que había pasado.

El dolor que sentía se lo revelaba claramente.

Ya no era virgen.

Trevor Bingham la había violado mientras permanecía inconsciente.

Era un canalla.
Sin embargo, Alice no le llamó eso ni ninguna otra cosa, por el momento, porque el terror le impedía hablar.

Trevor había abierto la tumba del barón Ramsey y se disponía a echar la sangre virgen arrebatada a Alice sobre los restos que reposaban en el sepulcro.

Alice hubiera querido levantarse de un salto y abandonar a toda prisa la cripta, antes de que su sangre cayera sobre los restos mortales del barón, pero no pudo moverse.

Lo único que pudo hacer, fue apretar su espalda contra la pared, ya que se había despertado junto a ésta. No fue allí donde cayó, cuando Trevor le dio el puñetazo y la dejó sin sentido, por lo que dedujo que él la había depositado junto a la pared, después de abusar de ella y obtener su sangre de virgen.

Trevor la miró un instante, pero no dijo nada.

Se limitó a sonreír levemente.

Después, volvió a clavar sus ojos en los restos mortales del barón Ramsey y dijo:
—Vuelve a la vida, Señor de la Noche.

Trevor dejó caer la sangre virgen de Alice sobre los restos del barón, gota a gota, lo cual consiguió inclinando poco a poco la probeta en donde había recogido la sangre robada.

Alice contuvo el aliento.

Ella no podía ver el interior del sepulcro, por hallar se sentada en el suelo. Y se alegraba, pues su terror hubiera sido aún mayor si estuviera contemplando los restos mortales del barón Ramsey.

¿Le devolvería la vida su sangre de virgen...?

Alice pensaba que no.

Era imposible que alguien que llevaba más de dos cientos años muerto, volviese a la vida por recibir unas pocas gotas de sangre de una muchacha virgen.

Ello, sin embargo, no atenuaba el terror de Alice.

Estaba agarrotada.

Sin fuerzas.
Y pálida, muy pálida.
De pronto, la expresión de Trevor Bingham cambió.

Habia vaciado ya la probeta cuando ésta le cayó de las manos y se estrelló contra el suelo, haciéndose añicos.

Alice vio a Trevor que retrocedía lentamente, con los ojos agrandados, la boca entreabierta, los labios trémulos...

Evidentemente, estaba sucediendo algo en el interior del sepulcro.

Algo sobrenatural.

Increíble.

¿Estaría volviendo a la vida el barón Ramsey?

La palidez de Alice Copeland se acentuó, lo mismo que sus temblores.

El corazón le latía de una manera anormal.

Parecía que iba a fallarle de un momento a otro.

De repente, una mano asomó y agarró el borde del sepulcro.

Era una mano grande, fuerte, velluda, aunque falta de color.

¡La mano del barón Ramsey...!

El músculo cardíaco de Alice Copeland amenazó con detenerse, porque no podía seguir bombeando sangre de aquella manera tan violenta y alocada.

Y es que la muchacha ya no podía más.

Estaba al borde del desmayo.

Y del ataque cardíaco, que aún sería peor.

El corazón de Trevor Bingham también latía muy de prisa, pero era por otro motivo. El no sentía terror alguno, ya que se decía que no debía temer nada del barón Ramsey, porque éste había vuelto a la vida gracias a él y lógicamente le estaría agradecido.

Si su corazón latía con fuerza, era porque se hallaba profundamente impresionado por lo que acababa de presenciar. Aquello era algo que había que ver para poder creerlo.

Alice, de momento, sólo había visto la mano del barón Ramsey.

La derecha, concretamente.

Pero la izquierda no tardó en emerger del sepulcro, agarrando el borde opuesto de la tumba. Y tan sólo unos segundos después, el barón Ramsey levantaba la cabeza y el torso, quedando sentado en el sepulcro.

No miró a Trevor, sino a Alice.

La joven creyó morirse de espanto.

Y no era para menos, porque el barón Ramsey era un personaje realmente siniestro. Tenía el pelo muy negro, lo mismo que los ojos, que despedían un brillo diabólico. La palidez de su rostro, era notable.

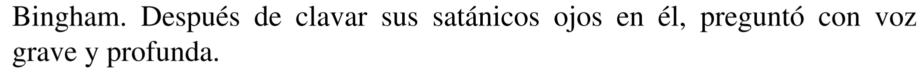
Notable... y lógica, teniendo en cuenta que se había pasado más de doscientos años en su tumba, muerto. Sin embargo, no aparentaba más de cuarenta años.

El barón Ramsey se puso en pie y salió del sepulcro.

Era, efectivamente, un hombre muy alto y muy corpulento, y vestía un traje negro. Llevaba, también, una larga capa, igualmente negra, aunque sólo por fuera, ya que por dentro era roja.

La impresionante figura del barón Ramsey acabó con la resistencia de Alice Copeland, que sufrió un desvanecimiento y se venció hacia su izquierda, quedando tendida en el suelo, junto a la pared.

El barón la contempló unos segundos más y luego se volvió hacia Trevor



Bingham. Después de clavar sus satánicos ojos en él, preguntó con voz grave y profunda.

—¿Quién eres?

—Me llamo Trevor, barón Ramsey —respondió el joven, inclinando respetuosamente la cabeza—. He heredado este castillo. En uno de los libros que encontré aquí, leí que unas gotas de sangre de una muchacha virgen podían devolveros la vida, barón. Confieso que en principio no lo creí posible, pero pronto me asaltó el deseo de comprobar si eso era cierto o no. Traje al castillo a una amiga mía, todavía virgen, y conseguí su sangre. Y dio resultado, barón Ramsey. A los pocos segundos de haber derramado su sangre sobre vuestros restos mortales, volvisteis a la vida, barón.

Frederick Ramsey sonrió levemente.

—Te doy las gracias, Trevor. Llevaba demasiados años encerrado en mi tumba, esperando la sangre de una muchacha virgen. Estaba deseando salir de mi sepulcro, volver a la vida, disfrutar del mundo de los vivos. Y por fin lo he conseguido.

—Yo me alegro mucho de que lo hayáis conseguido, Señor de la Noche.

—Sabes también que me llamaban así, ¿eh?

—Lo leí en el mismo libro, barón.

—Entonces, sabrás que por las noches tengo extraordinarios poderes.

—Sí, barón.

—De día, en cambio, soy débil y fácilmente vulnerable.

—Yo os protegeré desde que el sol salga hasta que se oculte, barón Ramsey. No permitiré que nadie se acerque a vos. Estaréis seguro en esta cripta durante el día, no temáis.

Frederick Ramsey volvió a sonreír ligeramente.

—Sabré recompensarte,

Trevor.

—Mi mayor recompensa es veros con vida, barón. De verdad que me siento muy feliz.

—Eres un gran muchacho, Trevor.

—Gracias, barón.

Frederick Ramsey volvió a posar su siniestra mirada en la desvanecida Alice Copeland.

—¿Cómo se llama tu amiga?

—Alice, barón.

—Es muy bonita.

—Sí.

—Y muy joven.

—Dieciocho años.

—¿Te entregó su sangre virgen voluntariamente?

—No, barón.

—Así que te

la negó, ¿eh?

—Estaba muy asustada, barón Ramsey. No quería hacer el amor conmigo aquí, en la cripta, sobre vuestro sepulcro. Se opuso aun antes de saber que unas pocas gotas de su sangre podían devolveros la vida. Cuando se lo dije, se llenó de terror y quiso abandonar inmediatamente la cripta y el castillo.

—Estúpida.

—Le di un puñetazo y la dejé inconsciente, barón. Después, la coloqué sobre el sepulcro y obtuve su sangre. Cuando volvió en sí, yo me disponía ya a devolveros la vida. Alice no dijo nada. Continuó junto a la pared, donde yo la había dejado antes de descubrir vuestra tumba. El terror la tenía muda y paralizada. Y cuando os vio salir del sepulcro, se desmayó.

—¿Significa algo para ti esta muchacha, Trevor?

—Nada, barón. Necesitaba una chica virgen, para devolveros la vida, y ella lo era. Eso es todo. Podéis hacer lo que os plazca con Alice.

—Su sangre me servirá de alimento.

—Bien.

—Quítale la ropa que todavía conserva y cógela en brazos, Trevor.

—Sí, barón.

Trevor se acercó a Alice, la despojó de la blusa y del sujetador, le quitó también los zapatos, y la tomó en brazos.

—¿Qué hago con ella, barón?

—Sígueme y te lo diré —respondió El Señor de la Noche, caminando hacia la escalera. Trevor fue tras él, cargado con la desvanecida Alice.

* * *

Cuando Alice Copeland abrió los ojos, lo vio todo al revés.

Como si se hallara cabeza abajo.

Y cabeza abajo se hallaba.

Colgaba del techo, atada por los pies, aunque también tenía las manos sujetas a la espalda.

Y colgaba completamente desnuda.

Desde su cabeza al suelo, quedaba aproximadamente metro y medio.

Cerca de la infortunada Alice, se hallaban el barón Ramsey y Trevor Bingham. Esperando precisamente eso, que la muchacha volviera en sí, porque el barón quería que estuviera despierta cuando él le arrebatase la sangre para alimentarse con ella.

Alice casi se desmaya de nuevo al ver al resucitado barón Ramsey.

Esta vez, sí pudo gritar.

Lo hizo a pleno pulmón, mientras se agitaba desesperadamente en el aire, intentando librarse de la cuerda que sujetaba sus manos y de la que aprisionaba sus pies, manteniéndola colgada del techo de aquella enorme habitación.

Era la sala de armas.

Allí había de todo, desde una simple daga a una armadura completa. Armaduras, por cierto, había cuatro.

Llenas de polvo, naturalmente, como todo lo demás.

Lo único que estaba limpio y brillante, era la copa que Trevor Bingham sostenía en las manos. Una copa enorme, dorada, preciosa de verdad, que le había sido entregada por el barón Ramsey.

Bueno, no era la copa dorada

lo único que relucía.

También lanzaba destellos la hoja de la fina daga que empuñaba el diabólico barón.

Alice Copeland seguía chillando y agitándose con desesperación, presa de un terror indescriptible, pero nada conseguía con ello, excepto agotarse y hacer que su cuerpo desnudo brillara a causa del sudor que sus esfuerzos hacían brotar de su piel.

De pronto, el barón Ramsey la agarró del cabello con su mano izquierda y acabó con los balanceos de la joven.

—No quisiste darme, unas gotas de tu sangre de virgen, Alice, y ahora te la voy a arrebatar toda. Hasta la última gota —dijo, con demoníaca expresión, al tiempo que aproximaba la punta de la daga al cuello de la muchacha.

Alice dilató los ojos al máximo, horrorizada.

—¡Noooooo...! —chilló.

—Prepara la copa, Trevor.

—Sí, barón —respondió Bingham, y colocó el copón debajo de la rubia cabeza de Alice Copeland.

—¡No lo permitas, Trevor! —gritó la muchacha—. ¡No dejes que me mate!

Bingham la miró con sorprendente frialdad.

—Lo siento, Alice, pero tienes que morir. El barón Ramsey necesita tu sangre para alimentarse con ella.

—Así es —confirmó El Señor de la Noche, y atravesó el cuello de la joven con su daga. El chillido que dio Alice, quedó cortado por la hoja de acero.

La sangre fluía ya de la herida a borbotones, resbalando rápidamente por el rostro pálido y desencajado de la muchacha, para terminar cayendo en la enorme copa dorada. El barón Ramsey había retirado su daga, para que la sangre saliera aún más de prisa del cuerpo de la joven, que ya no movía un solo músculo.

Todavía no estaba muerta, pero poco le faltaba.

La pérdida de sangre hacía que su cuerpo desnudo se volviera cada vez más blanco. Era la blancura de la muerte, que le iba a sobrevenir de un instante a otro.

El barón Ramsey seguía agarrándola del pelo con la mano izquierda, a pesar de la inmovilidad de la moribunda. Sus negros ojos brillaban de excitación ante la para él tentadora visión de la sangre joven y caliente de Alice.

Estaba deseando bebería.

Sentirla correr por su garganta, como ahora corría por el rostro de Alice, roja, apetecible. Apetecible para él, claro.

Para Trevor, no lo era en absoluto.

Por eso veía correr la sangre con frialdad.

Para él no significaba nada.

Sólo que Alice se moría.

Y como eso no le importaba...

Segundos después, Alice era ya cadáver.

A pesar de ello, el barón Ramsey no le soltó el cabello hasta que de la herida de su cuello no dejó de brotar sangre.

Trevor la había recogido toda en la enorme copa.

No había desperdiciado una sola gota.

El barón Ramsey se deshizo de la daga y tomó la copa con sus manos,

levantándola hasta su boca.

Trevor lo vio beber con avidez.

Y vio, también cómo las manos del barón recobraban el color, lo mismo que su rostro, a medida que iba ingiriendo la sangre de Alice.

Frederick Ramsey tardó en saciar su sed, porque llevaba mucho tiempo sin beber sangre humana. Más de doscientos años...

Cuando retiró la copa de sus labios, ahora mancha dos de sangre, se la tendió al joven que le había devuelto la vida, con la forzada colaboración de Alice Copeland.

—Bebe, Trevor. Aún queda.

—¿Yo...? —respingó Bingham.

—Te gustará.

—Pero, si yo nunca...

—La encontrarás deliciosa, ya verás. Tu amiga tenía una sangre de mucha calidad.

Trevor cogió el copón, tragó saliva con dificultad, y se lo acercó a los labios, para beber un poco de sangre y complacer al barón Ramsey, a quien no quería contrariar, porque podía ser muy peligroso.

CAPITULO VI

Por la mañana, a la hora de costumbre, Gary Moore se presentó en la redacción de *El Correo Londinense*. Saludó a sus compañeros, mientras se adentraba en ella en dirección a su mesa.

Bonnie Scott, la secretaria de Stephen Waxman, director del periódico, levantó la mano al verle.

—¡Eh, Gary!

El reportero se detuvo y la miró.

—¿Qué hay, Bonnie?

—¡El jefe quiere verte!

—¡Voy en seguida!

Gary se acercó antes a su mesa, dejó unos papeles en ella, y luego fue hacia el despacho del director. La mesa de Bonnie, una pelirroja de rostro agraciado y formas muy estimables, que sólo tenía veinticuatro años de edad, se hallaba ubicada a la izquierda de la puerta del despacho de Waxman.

El reportero se paró un instante delante de la mesa de la secretaria del director.

—¿Qué quiere el jefe, Bonnie?

—No lo sé, Gary. Pero puedo

decirte lo que quiero yo.

—¿Qué quieres tú?

—Salir contigo una noche.

—Me encantaría, Bonnie.

—¿Y por qué no me lo propones?

—Mi novia me mataría.

—¿Es celosa...?

—Mucho.

—Por una vez que la engañes, no creo que pase nada.

—¿Que no...? ¡Si pasó anoche, y eso que no la engañé!

—¿Qué pasó anoche, Gary?

—Mi novia me rompió un búcaro en la cabeza, sólo por que me retrase un poco, y tengo un chichón de concurso —rezongó el periodista, tocándose el cráneo.

—¡Qué genio! —exclamó la secretaria de Waxman, riendo.

—Es que piensa que hay otra, ¿sabes?

—¿Otra qué?

—Otra mujer.

—¿Y la hay...?

—¡Claro que no!

—Me ofrezco voluntaria, Gary.

—¿Para qué?

—Para ser la «otra».

—Déjate de bromas, Bonnie —dijo el reportero, yendo hacia la puerta del despacho de Waxman.

—¡Hablo en serio, Gary! —aseguró la pelirroja, riendo de nuevo.

—Como te tome la palabra...

—¡Ojalá!

—¡Descarada!

—¡Me tienes loca, de veras! —siguió riendo la secretaria de Waxman.

—Contigo no se puede, Bonnie —rió también Gary, y entró en el despacho del director.

Stephen Waxman estaba sentado en su sillón, tras la amplia mesa, que se veía llena de papeles, como siempre. Era un cuarentón de mediana estatura, hombros robustos, y poco pelo en su redonda cabeza. Estaba en mangas de camisa y se había aflojado el nudo de la corbata.

—Buenos días, jefe —saludó el reportero.

—Hola, Gary.

—Bonnie me ha dicho que quería verme.

—Así es.

—Pues aquí me tiene, jefe.

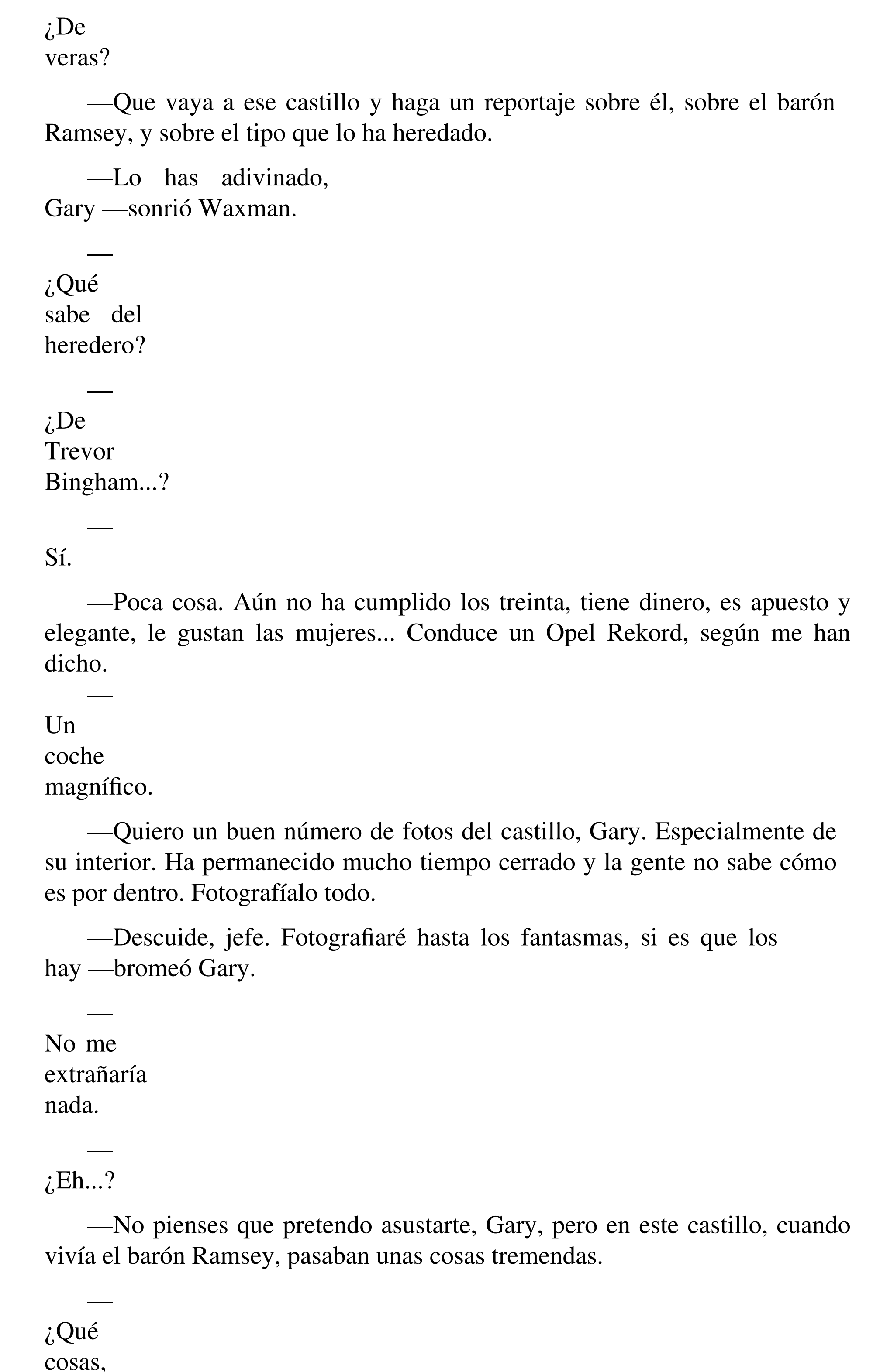
—Tengo un trabajo para ti. Y creo que te gustará.

—¿De qué se trata?

—Un tal Trevor Bingham ha heredado un viejo castillo medieval. Está cerca de Burlington y perteneció al barón Frederick Ramsey, un antepasado suyo que murió hace más de doscientos años.

—Ya sé lo que va a pedirme, jefe.

—



¿De veras?

—Que vaya a ese castillo y haga un reportaje sobre él, sobre el barón Ramsey, y sobre el tipo que lo ha heredado.

—Lo has adivinado, Gary —sonrió Waxman.

—¿Qué sabe del heredero?

—¿De Trevor Bingham...?

—Sí.

—Poca cosa. Aún no ha cumplido los treinta, tiene dinero, es apuesto y elegante, le gustan las mujeres... Conduce un Opel Rekord, según me han dicho.

—Un coche magnífico.

—Quiero un buen número de fotos del castillo, Gary. Especialmente de su interior. Ha permanecido mucho tiempo cerrado y la gente no sabe cómo es por dentro. Fotografíalo todo.

—Descuide, jefe. Fotografiaré hasta los fantasmas, si es que los hay —bromeó Gary.

—No me extrañaría nada.

—¿Eh...?

—No pienses que pretendo asustarte, Gary, pero en este castillo, cuando vivía el barón Ramsey, pasaban unas cosas tremendas.

—¿Qué cosas,

jefe?

—Desapariciones misteriosas, extrañas muertes, ceremonias sangrientas... El barón Ramsey, por lo visto, era un ser diabólico, que por las noches adquiría un extraordinario poder, hasta el punto de que las gentes de aquella época le llamaban El Señor de la Noche.

—¡Toma castaña! —exclamó el reportero.

—Puede que todo sea una leyenda inventada por los habitantes de Burlington, pero...

—Seguro, jefe.

—De todos modos, el tema apasionará a nuestros lectores. De manera especial, a los amantes de las películas y las novelas de terror. El reportaje, si tú consigues averiguar muchas cosas sobre el maléfico barón Ramsey, será un éxito.

—Lo averiguaré todo, descuide. Y titularé así el reportaje: «El Señor de la Noche».

—¡Excelente idea! —aprobó el director de *El Correo Londinense.*

—Hablaré con los habitantes de Burlington. Con los más viejos, que siempre son los que conocen mejor las leyendas. Les gusta contarlas y exagerarlas, para impresionar a quienes les escuchan.

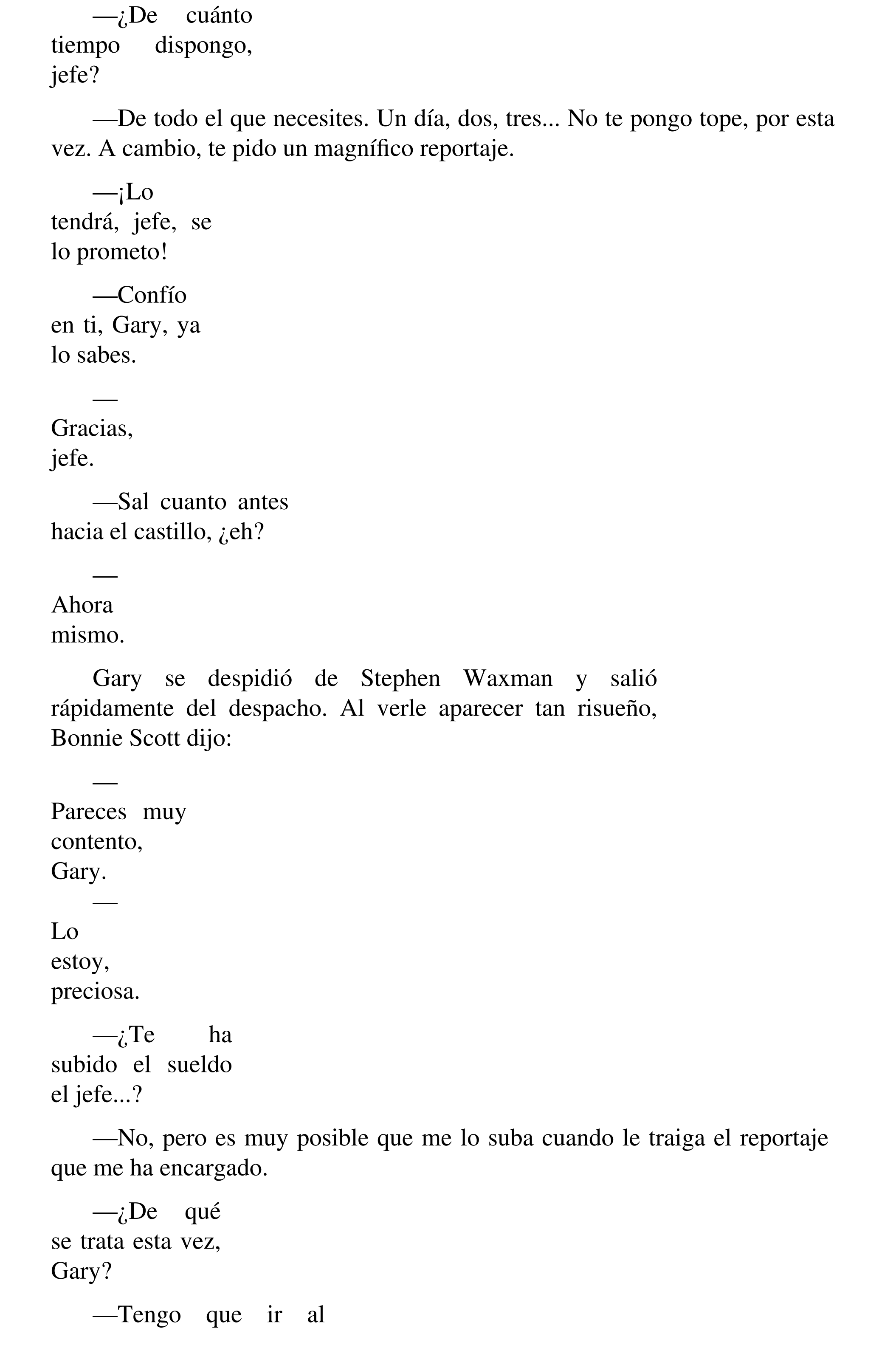
—Es cierto, Gary. Pero eso es bueno para nosotros. Cuanto más terrorífica sea la leyenda sobre el barón Ramsey, más impresionará a los lectores de nuestro periódico. Y de eso se trata, muchacho.

—Lo sé, jefe.

—Te gusta el encargo, ¿verdad?

—¡Muchísimo! Waxman rió.

—Estaba seguro de que te encantaría.



—¿De cuánto tiempo dispongo, jefe?

—De todo el que necesites. Un día, dos, tres... No te pongo tope, por esta vez. A cambio, te pido un magnífico reportaje.

—¡Lo tendrá, jefe, se lo prometo!

—Confío en ti, Gary, ya lo sabes.

—Gracias, jefe.

—Sal cuanto antes hacia el castillo, ¿eh?

—Ahora mismo.

Gary se despidió de Stephen Waxman y salió rápidamente del despacho. Al verle aparecer tan risueño, Bonnie Scott dijo:

—Pareces muy contento, Gary.

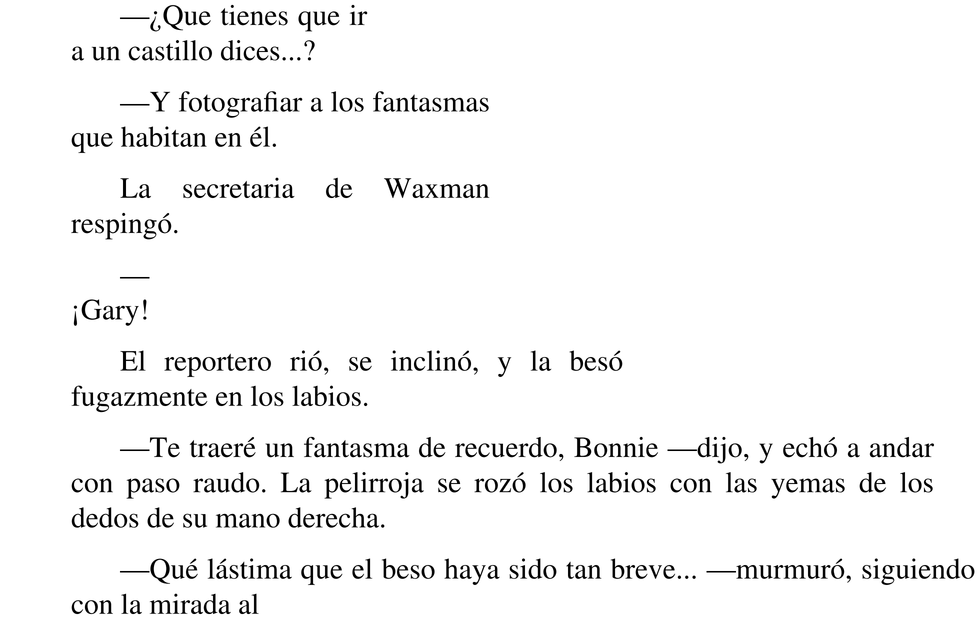
—Lo estoy, preciosa.

—¿Te ha subido el sueldo el jefe...?

—No, pero es muy posible que me lo suba cuando le traiga el reportaje que me ha encargado.

—¿De qué se trata esta vez, Gary?

—Tengo que ir al



castillo del barón Ramsey.

—¿Que tienes que ir a un castillo dices...?

—Y fotografiar a los fantasmas que habitan en él.

La secretaria de Waxman respingó.

—¡Gary!

El reportero rió, se inclinó, y la besó fugazmente en los labios.

—Te traeré un fantasma de recuerdo, Bonnie —dijo, y echó a andar con paso raudo. La pelirroja se rozó los labios con las yemas de los dedos de su mano derecha.

—Qué lástima que el beso haya sido tan breve... —murmuró, siguiendo con la mirada al

periodista.

* * *

Gary Moore ya había puesto en movimiento su Talbot, pero no se dirigía hacia la carretera que conducía a Burlington, sino hacia el domicilio de Sheila Norton.

Pensaba pedirle que le acompañara al castillo heredado de Trevor Bingham. Y estaba seguro de que a ella le encantaría la idea, porque no todos los días tiene uno la oportunidad de visitar un viejo castillo medieval.

El del barón Ramsey, además, tenía un atractivo especial.

La leyenda que pesaba sobre él.

Una leyenda falsa y exagerada, como casi todas, en opinión del reportero. Esta, sin embargo, era cierta.

Gary tendría ocasión de comprobarlo personalmente. Y Sheila también, si accedía a acompañarle.

Los dos las iban a pasar canutas en el castillo del barón Ramsey, porque éste había vuelto a la vida, y tenía más deseos que nunca de sembrar el terror, la desesperación, y la muerte.

CAPITULO VII

Sheila Norton oyó sonar el timbre de su apartamento y acudió a abrir, vistiendo un ajustado pantalón blanco y una liviana blusa azul celeste.

Cuando tiró de la puerta, se llevó una buena sorpresa, porque lo que menos esperaba es que fuese su novio, a aquellas horas de la mañana.

—¡Gary! —exclamó.

—Hola, cariño —sonrió el reportero, cogiéndola por los hombros y besándola en los labios.

—¿Qué haces tú aquí...?

—He venido por ti.

—¿Por mí...?

—Voy a llevarte a un castillo medieval.

—¿Qué...?

—El del barón Ramsey. Te hablaré de él y de su leyenda por el camino.

—No entiendo nada, Gary.

—El jefe me ha encargado un reportaje, Sheila.

—¿De ese castillo?

—Sí. Y dispongo de todo el tiempo que necesite. Pensé que te gustaría acompañarme y...

—¿Está muy lejos ese castillo?

—No, sólo hay unos cuarenta kilómetros. Está cerca de Burlington.

—De acuerdo, iré contigo.

—¡Lo vamos a pasar fenomenal! —aseguró el periodista, y besó de nuevo a su novia.

—Ya has estado con la otra.

—¿Qué?

—Tus labios saben a boca de mujer.

—Es normal, porque acabo de besarte —carraspeó nerviosamente el periodista, recordando el beso que le había dado a Bonnie Scott, la secretaria de Waxman.

—Mi boca no sabe así, Gary. A ti te ha besado otra mujer.

—Te aseguro que no, Sheila.

—Confiesa o te atizo un rodillazo donde más duele.

—Hazlo, si quieres, pero luego no me digas que tardo en hacerte el amor. Estaré fuera de combate una semana entera, por lo menos.

—Me consolará el saber que también lo estarás para la otra.

—No hay ninguna otra, Sheila. Ni la ha habido. Ni la habrá jamás, porque te quiero demasiado —aseguró Gary, y volvió a besarla, con más fervor que antes.

Sheila se olvidó del rodillazo y colaboró en el beso.

* * *

El Talbot de Gary Moore rodaba ya por la solitaria carretera que conducía a Burlington.

Sheila Norton había escuchado con interés lo que su novio sabía sobre el castillo del barón Ramsey y la leyenda que pesaba sobre él. Con interés... y con algo de preocupación, porque la leyenda le había impresionado.

—¿Piensas que hay algo de cierto en todo eso, Gary? —preguntó.

—Sinceramente, no —respondió el reportero—. Es posible que el barón Ramsey fuera un tipo algo perverso, pero de eso, a creer que por las noches adquiría un poder extraordinario...

—En estas cosas siempre se exagera, ¿verdad?

—Así es. Y a nosotros, los periodistas, nos conviene.

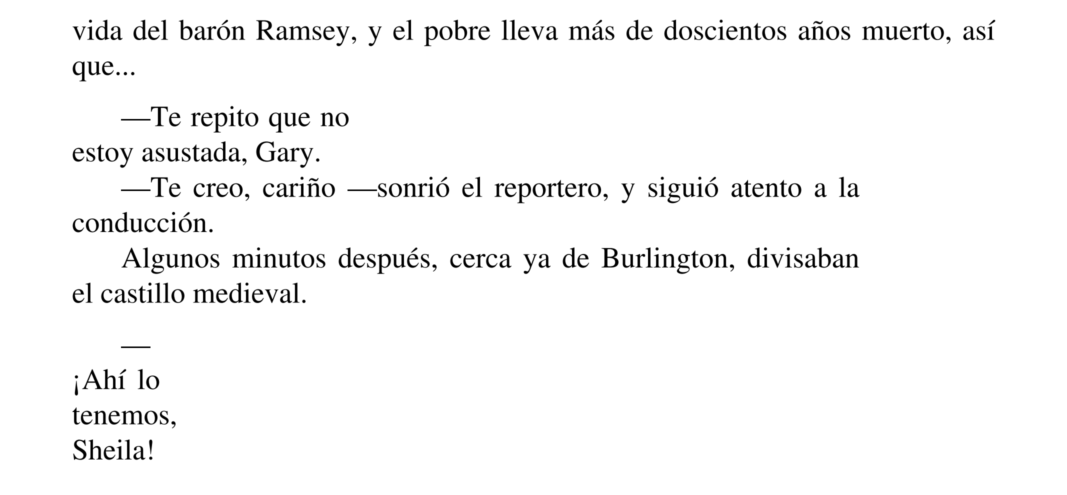
—Claro.

Gary la miró un instante.

—No estarás asustada, ¿verdad?

—Qué tontería.

—Desde luego que lo sería, porque si algo pasó en ese castillo, fue en



vida del barón Ramsey, y el pobre lleva más de doscientos años muerto, así que...

—Te repito que no estoy asustada, Gary.

—Te creo, cariño —sonrió el reportero, y siguió atento a la conducción.

Algunos minutos después, cerca ya de Burlington, divisaban el castillo medieval.

—¡Ahí lo tenemos, Sheila!

—¡Qué grande es!

—Y no parece que esté en muy mal estado, ¿verdad?

—Desde luego que no. Se conserva muy bien.

—Veremos qué tal está por dentro —dijo el reportero, dejando la carretera y tomando el camino que conducía al castillo.

Poco después, detenía su Talbot frente al puente levadizo, que continuaba bajado.

—¿Pasamos con el coche o a pie, Sheila? —preguntó.

—A pie, Gary —respondió su novia, sin vacilar.

—El puente levadizo parece seguro.

—Por si acaso.

—Está bien, dejaremos el coche aquí —sonrió el periodista, y salió del Talbot.

Su novia descendió también del vehículo.

En el asiento trasero, descansaban la cámara foto gráfica y el magnetófono del reportero. Éste cogió ambas cosas, antes de cerrar la portezuela del coche.

—Lleva tú el magnetófono, Sheila.

—Bien.

Gary se colgó la cámara fotográfica del hombro y cogió de la mano a su novia.

—Vamos, nena.

—Estoy un poco nerviosa, ¿sabes? —confesó Sheila.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—Debe ser la emoción.

—Seguramente.

Alcanzaron el puente levadizo y pasaron por él.

Como el puente no se quejó al recibir el peso de los dos, Gary dijo:

—Hubiera resistido perfectamente el paso del Talbot.

-Sí, opino lo mismo.

En cuanto cruzaron la entrada del castillo, descubrieron el precioso Opel Rekord, parado en el patio, junto a la escalera de semicaracol que conducía a

la puerta del castillo.

—Es el coche de Trevor Bingham —dijo Gary.

—El sí se atrevió, a cruzar el puente levadizo con su vehículo.

—Te dije que el puente era seguro, Sheila.

—Bueno, lo mismo da que lo dejaras fuera del castillo que en el patio. No nos cansaremos por caminar unos cuantos metros.

—Tienes razón.

Se adentraron en el patio y se detuvieron junto al Opel Rekord de Trevor Bingham echando ambos una mirada al interior del vehículo.

—Hay un bolso de mujer en el asiento trasero —dijo Sheila.

Gary sonrió.

—El jefe dijo que a Bingham le gustan las mujeres.

—Y se ha traído una al castillo, ¿eh?

—Eso parece.

—¿No estarán en la cama...?

—Esperemos que no, porque si los interrumpimos no seremos bien recibidos.

—¡Seguro que no! —rió Sheila.

Subieron la escalera de semicaracol y alcanzaron la sólida puerta.

Gary llamó, utilizando la pesada aldaba.

—¿Crees que nos oirán? —preguntó Sheila.

—Depende de donde estén.

—El castillo es muy grande, y si los pilla lejos de la puerta...

—Si tardan en abrir, repetiremos la llamada. Transcurrieron un par de minutos.

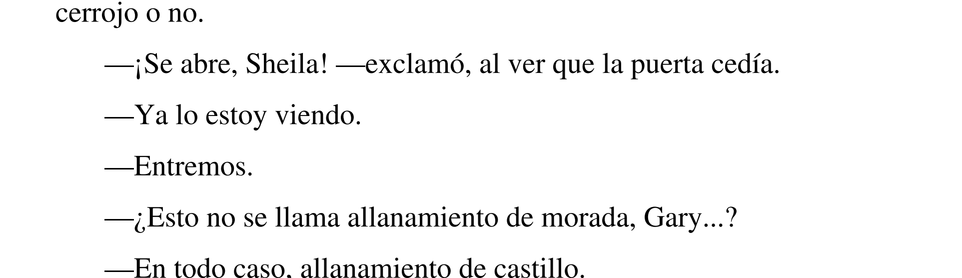
—Vuelve a llamar, Gary —dijo Sheila.

El reportero hizo uso nuevamente de la aldaba.

Pasaron otros dos minutos sin que nadie acudiera a abrir.

—Están en la cama, no hay duda —suspiró Sheila.

Gary empujó la puerta con ambas manos, para saber si estaba echado el



cerrojo o no.

—¡Se abre, Sheila! —exclamó, al ver que la puerta cedía.

—Ya lo estoy viendo.

—Entremos.

—¿Esto no se llama allanamiento de morada, Gary...?

—En todo caso, allanamiento de castillo.

—Déjate de bromas.

—Hemos llamado dos veces, Sheila. No es culpa nuestra que no nos hayan oído. Se lo diremos a Trevor Bingham y a su chica, cuando los encontremos.

—Está bien, entremos —accedió la joven, aunque no de muy buena gana. Penetraron en el castillo.

Como el vestíbulo estaba iluminado, al recibir la luz del sol a través del par de altas ventanas, Gary cerró la puerta. Después cogió, nuevamente, de la mano a su novia.

—Vamos, Sheila. Echaremos un vistazo por aquí abajo, mientras aparecen Bingham y su chica.

—Ojalá aparezcan pronto, porque me siento una intrusa. Y creo que lo soy.

—No digas tonterías.

Sheila guardó silencio y se dejó llevar por Gary.

Salieron del espacioso vestíbulo.

La sala de armas estaba cerca de allí.

Gary y Sheila entraron en ella.

En el suelo, se veían unas manchas oscuras.

Eran manchas de sangre seca.

La sangre de Alice Copeland.

CAPITULO VIII

El reportero de *El Correo Londinense* y su novia repararon inmediatamente en las manchas oscuras.

—¿Qué será eso, Gary...? —preguntó Sheila.

—Yo diría que sangre.

—¿Sangre...? —respingó la joven.

—Es lo que parece.

—¿Sangre de quién?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—¡Dios mío! ¿Dónde nos hemos metido, Gary...?

—Eso sí te lo puedo decir. En el castillo del difunto barón Ramsey.

—¡No es momento para ironías!

—Perdona, cariño.

Sheila tiró de la mano de su novio.

—

¡Vámonos, Gary!

—¿Irnos...?

—¡Eso he dicho!

—¡Pero si acabamos de llegar, Sheila!

—¡No importa!

—¿Y el reportaje...?

—¡Que lo haga otro!

—¡No seas niña, Sheila!

—¡No lo soy, y tú lo sabes mejor que nadie!

—Sé que eres toda una mujer, pero en este momento no lo pareces. Te has asustado como una niña de cuatro años. Y todo porque hay unas manchas oscuras en el suelo.

—¡Es sangre, tú lo has dicho!

—Déjame comprobarlo —pidió el periodista, soltándose de la mano de su novia.

Se acuclilló junto a las manchas y las observó.

Incluso las tocó con la yema de uno de sus dedos.

—Es sangre, no cabe duda —murmuró—. Y es reciente. No más de diez o doce horas.

—Es decir, anoche... —habló Sheila.

—Exacto.

—¿Qué pasó en esta sala anoche, Gary? —murmuró la asustada joven, mirando las cuatro armaduras con evidente temor, como si pensara que podía haber alguien metido en alguna de ellas.

—No lo sé, Sheila —respondió el reportero—. Pero me gustaría averiguarlo.

—Insisto en que nos larguemos, Gary.

—Espera un momento —rogó el periodista, avanzando hacia uno de los paneles repletos de armas de todas clases.

Sheila corrió tras él.

—¿Adónde vas, Gary?

—He visto algo.

—¿Qué has visto?

—Fíjate en esta daga —el reportero la señaló con el dedo índice, sin llegar a tocarla—. Está limpia y reluciente, mientras que todas las demás armas están cubiertas de polvo.

—Es cierto.

—¿Qué te sugiere, Sheila?

—Que esta daga fue utilizada anoche.

—Exacto.

Sheila lo agarró del brazo.

—Ahora aún tengo más ganas de largarme, Gary.

—Espera, mujer. Quiero examinar la daga.

—¿Para qué, si ya sabemos que fue usada anoche?

Gary la sacó del panel y la observó minuciosamente, descubriendo una pequeña mancha de sangre justo debajo de la empuñadura. Se la mostró a su novia y dijo:

—Ahora estamos seguros, Sheila.

—Yo ya lo estaba, Gary. Y ahora, larguémonos.

—¿Eres la novia de un reportero o de un conejo?

Sheila se mordió los labios.

—Tengo miedo, no puedo evitarlo.

—Estás conmigo, Sheila. Y si pasa algo, sabré protegerte, no lo dudes.

La joven se calló.

Gary volvió a dejar la daga en el panel y cogió del brazo a su novia.

—Volvamos al vestíbulo,

Sheila.

—Es una idea sensata —respondió la joven.

Abandonaron la sala de armas. De nuevo en el vestíbulo, Gary dijo:

—Fíjate en aquella puerta, Sheila.

—La estoy viendo.

—Debe conducir a los sótanos del castillo.

—No estarás pensando en bajar, ¿verdad?

—Sí, quiero echar un vistazo por abajo.

—¡No cuentes conmigo!

—Ya vuelves a parecer una niña, Sheila. De pecho, además.

—¡Con pecho, querrás decir! — rectificó ella, tensando el busto, para que se destacaran aún más sus relieves pectorales.

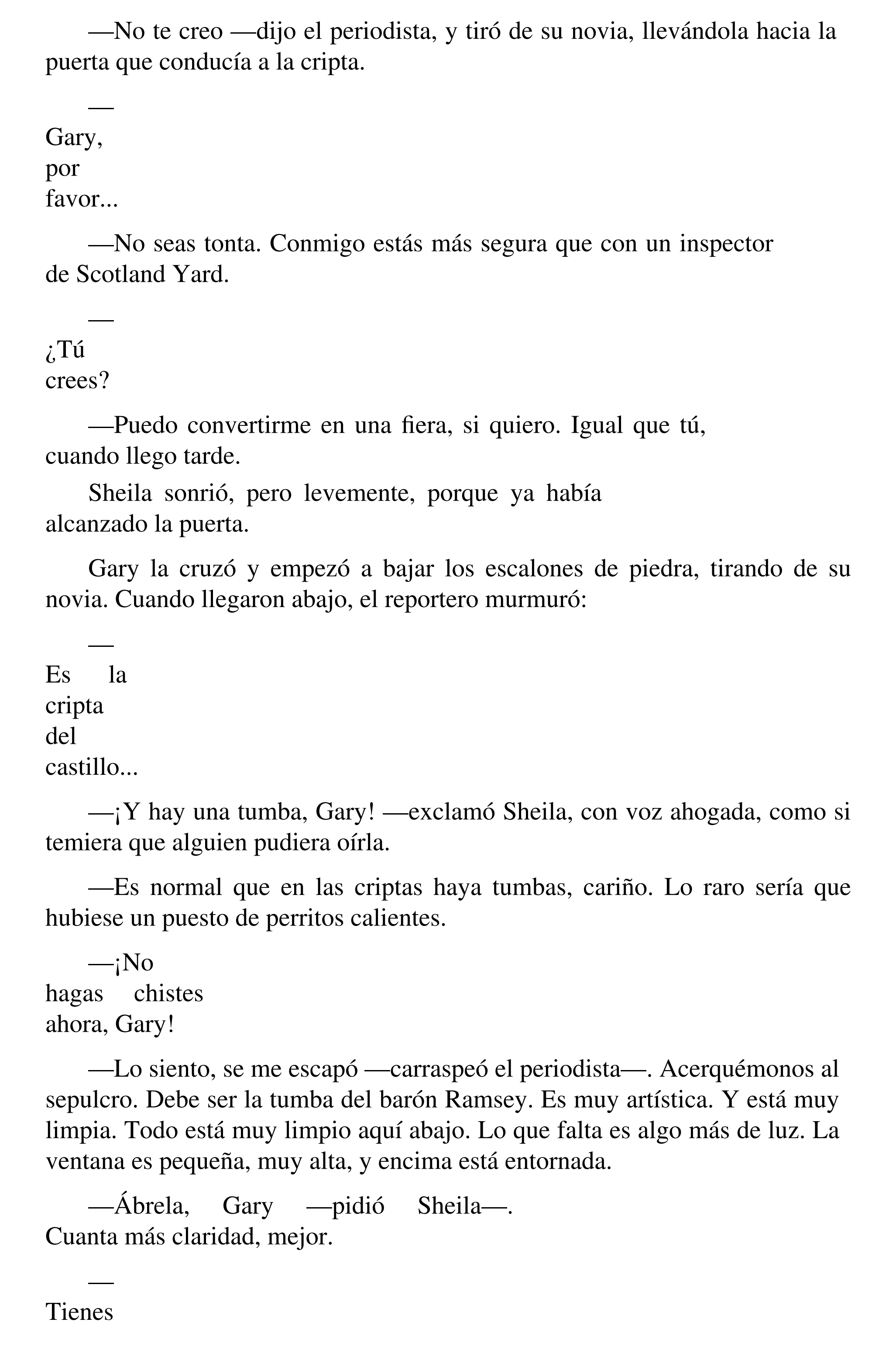
El reportero rió.

—Una corrección muy oportuna, sí, señor —dijo, posando su mano sobre el seno derecho de su novia.

—Olvídate de los sótanos, ¿eh, Gary?

—No, voy a bajar, Sheila. Y tú me acompañarás, porque eres más valiente de lo que pareces.

—Estoy muerta de



miedo, te lo aseguro.

—No te creo —dijo el periodista, y tiró de su novia, llevándola hacia la puerta que conducía a la cripta.

—Gary, por favor...

—No seas tonta. Conmigo estás más segura que con un inspector de Scotland Yard.

—¿Tú crees?

—Puedo convertirme en una fiera, si quiero. Igual que tú, cuando llego tarde.

Sheila sonrió, pero levemente, porque ya había alcanzado la puerta.

Gary la cruzó y empezó a bajar los escalones de piedra, tirando de su novia. Cuando llegaron abajo, el reportero murmuró:

—Es la cripta del castillo...

—¡Y hay una tumba, Gary! —exclamó Sheila, con voz ahogada, como si temiera que alguien pudiera oírla.

—Es normal que en las criptas haya tumbas, cariño. Lo raro sería que hubiese un puesto de perritos calientes.

—¡No hagas chistes ahora, Gary!

—Lo siento, se me escapó —carraspeó el periodista—. Acerquémonos al sepulcro. Debe ser la tumba del barón Ramsey. Es muy artística. Y está muy limpia. Todo está muy limpio aquí abajo. Lo que falta es algo más de luz. La ventana es pequeña, muy alta, y encima está entornada.

—Ábrela, Gary —pidió Sheila—. Cuanta más claridad, mejor.

—Tienes

razón.

El periodista fue hacia la ventana, cogió la cuerda que servía para abrirla y cerrarla, y abrió totalmente la ventana, permitiendo que la luz solar inundara la cripta.

De pronto, Sheila dio un grito.

El reportero se volvió hacia ella.

—¿Qué ocurre, Sheila...?

—¡Manchas de sangre, Gary! —respondió su novia, señalándolas con mano temblorosa.

Estaban cerca de la pared.

Justo donde Trevor Bingham depositara a Alice Copeland, poco antes de abrir el sepulcro del barón Ramsey.

Gary las observó de cerca y murmuró:

—Aquí abajo también ocurrió algo anoche, no hay duda.

—¡Abandonemos la cripta, Gary! ¡En seguida! —suplicó Sheila.

El reportero miró el sepulcro del barón Ramsey y respondió:

—Antes quiero abrir la tumba de El señor de la Noche.

CAPITULO IX

Sheila Norton sintió que se le erizaba todo el vello del cuerpo.

—¿Abrir la tumba, dices...?

—Sí, quiero echar una mirada al interior del sepulcro —respondió Gary Moore.

—¡Estás loco!

—Sólo me llevará un par de minutos.

—¡No lo intentes, Gary! ¡No debes profanar la tumba del barón Ramsey!

—No creo que a él le importe. Sheila.

—¡Pero le puede importar a Trevor Bingham!

—No está aquí.

—¡Está en el castillo, Gary! Y puede bajar a la cripta!

—Vigila tú la escalera, Sheila.

—¡Por lo que más quieras, Gary! ¡No abras el sepulcro!

—Lo que más quiero, eres

tú.

—¡Hazlo por mí, entonces!

—Lo siento, nena, pero no puedo complacerte. Es preciso que eche una ojeada a la tumba del barón Ramsey —dijo el reportero, y se dispuso a abrir el sepulcro.

Sheila contuvo la respiración.

Estaba pálida y temblaba como una hoja.

De repente, se escuchó una voz:

—¡Quieto!

Sheila dio un chillido de terror, al tiempo que saltaba hacia adelante, porque la voz había sonado a sus espaldas.

Gary se quedó quieto, mirando al tipo que había aparecido en la escalera. Era joven, apuesto y elegante, por lo que el periodista dedujo que se trataba de Trevor Bingham. Sheila lo miró también, agarrada al reportero.

Trevor acabó de bajar la escalera, ordenando:

—¡Apártense de ese sepulcro!

Gary y Sheila obedecieron.

Trevor corrió hacia la ventana, cogió la cuerda, y la cerró casi totalmente, dejando la cripta en penumbra. Después, se volvió hacia la pareja de intrusos, con gesto duro.

—¿Cómo se han atrevido a...?

—Es usted Trevor Bingham, ¿verdad? —preguntó el periodista.

—Sí.

—Le ruego que nos disculpe, señor Bingham. Soy Gary Moore, reportero de *El Correo Londinense*. Ella se llama Sheila, y es mi novia. El director del periódico me encargó un reportaje sobre este viejo castillo. Llamé un par de veces a la puerta, pero usted no debió oír los golpes de la aldaba. Sabíamos que estaba en el castillo, porque vimos su Opel Rekord parado en el patio. Y como la puerta no estaba cerrada por dentro, nos atrevimos a entrar, confiando en encontrarle pronto.

—¿Por qué bajaron a la cripta?

—No sabíamos que la puerta que vimos en el vestí bulo conducía a la cripta. Bajamos la escalera sin saber adónde nos llevaría.

—Le sorprendí intentando abrir el sepulcro, Moore.

Gary carraspeó.

—Simple curiosidad, señor Bingham.

—¿Seguro que sólo era curiosidad?

—Le doy mi palabra.

—Será mejor que subamos arriba.

—Sí.

—Ustedes primero.

—Vamos, Sheila.

Gary y su novia abandonaron la cripta, seguidos de Trevor Bingham, que continuaba con el gesto duro y parecía desconfiar del reportero y de su chica.

Ya en el vestíbulo, Gary preguntó:

—¿Me permitirá hacer el reportaje, señor Bingham?

—Por el momento, no.

—¿Por qué?

—Acabo de hacerme cargo de él y necesito algún tiempo para dejarlo todo en condiciones. El castillo ha permanecido cerrado muchos años, el polvo y la suciedad lo cubre todo. Vuelva dentro de algunas semanas, Moore.

—Que haya polvo y suciedad en un castillo medieval, no tiene nada de extraño, señor Bingham. Se puede hacer igualmente el reportaje. Y sería más auténtico.

—No insista, Moore.

—¿Qué puede decirme de su antepasado, el barón Ramsey...?

—¿Qué quiere que le diga?

—Bueno, he oído comentar que, cuando él vivía, en este castillo se producían misteriosas desapariciones, extrañas muertes, y tenían lugar sangrientas ceremonias...

—Habladurías de la gente.

—No es cierto, ¿verdad?

—Naturalmente que no.

—¿Y tampoco es cierto que el barón Ramsey era un ser diabólico, que por las noches adquiría un extraordinario poder...?

—Eso es ridículo.

—¿Por qué le llamaban El Señor de la Noche, entonces...?

Los ojos de Trevor Bingham emitieron un centelleo.

—¿Cómo lo ha sabido, Moore?

—Preguntando.

—¿A las gentes de Burlington?

—Sí —mintió Gary.

—No es más que una leyenda estúpida. El barón Ramsey era un hombre normal.

—¿Está seguro?

—Absolutamente.

—Murió hace más de doscientos años, señor Bingham.

—¿Qué quiere decir?

—Pues, que es difícil para usted saber lo que hizo o lo que no hizo el barón Ramsey, porque vivió en una época muy lejana.

—No importa. Sé que mi antepasado era un hombre noble y digno, aunque algunos, seguramente por envidia, opinaran lo contrario y crearan una falsa leyenda sobre él y sobre su castillo. Aquí nunca pasó nada que no pueda considerarse normal.

—¿Anoche tampoco...?

Trevor entrecerró los ojos.

—¿Por qué me hace esa pregunta?

—¿Ha dormido usted en el castillo, señor Bingham?

—Sí, he pasado la noche aquí.

—¿Solo o acompañado?

—Solo.

—¿Seguro?

—No hay nadie más en el castillo, se lo puedo garantizar.

Tras cambiar una mirada con su novia, que no se atrevía a pronunciar palabra, Gary dijo:

—Vimos un bolso de mujer en su Opel Rekord, señor Bingham.

—¿Un bolso? —respingó levemente Trevor.

—Sí, en el asiento trasero.

—Debió dejarlo olvidado alguna de mis amigas.

—Nosotros pensamos que la dueña de ese bolso había venido al castillo con usted, señor Bingham.

Trevor apretó los labios.

—Les repito que estoy solo en el castillo. Y ahora, por favor, márchense.

—Cuando nos explique lo de la daga.

—¿Daga...?

—Y lo de la sangre.

Trevor se puso nervioso.

—No sé de qué me habla, Moore.

—Estuvimos en la sala de armas, señor Bingham. Y descubrimos unas manchas oscuras en el suelo. Es sangre. Sangre seca. Y en uno de los paneles, vimos una daga limpia y reluciente. Es la única que no tiene polvo. Lo que sí tiene, es una pequeña mancha de sangre debajo de la empuñadura. Por lo visto, no la limpiaron bien después de usarla. Y fue usada anoche.

El nerviosismo de Trevor se acentuó.

—La sangre es mía. Tomé la daga, para observarla, y me produje un pequeño corte en la yema del pulgar, con el extremo del arma. Un rasguño sin importancia, pero brotaron unas cuantas gotas de sangre. Después de atender la leve herida, limpié la daga y la devolví al panel. Si conserva un pequeño rastro de sangre debajo de la empuñadura, es porque no la limpié bien. Lo hice con un poco de miedo, lo confieso, porque la herida me la causé cuando le estaba quitando el polvo a la daga, para verla mejor, y temía pincharme de nuevo. Tiene una hoja muy afilada.

—¿Me enseña el pulgar lastimado, señor Bingham?

—¿Acaso duda de mi palabra, Moore?

—Está bien, no me lo enseñe. Pero explíqueme por qué hay también manchas de sangre en la cripta.

—¿En la cripta?

—Sí, en el suelo, junto a una de las paredes.

Trevor, esforzándose por disimular su nerviosismo, respondió:

—Estuve también en la cripta anoche. Es posible que me cayera alguna gota de sangre de la herida del dedo.

—De la sala de armas a la cripta, hay muchos metros, y si su dedo todavía goteaba sangre, es que la herida no fue tan leve como usted asegura, señor Bingham —repuso Gary.

Trevor lo miró con dureza.

—Ya he perdido demasiado tiempo con ustedes. Les ruego que se marchen.

—Está bien. Vámonos, Sheila.

El reportero y su novia salieron del castillo, bajaron la escalera de semicaracol y cruzaron el patio, seguidos con la mirada por Trevor Bingham, que no cerró la puerta hasta que los vio cruzar el puente levadizo y desaparecer.

CAPITULO X

Gary Moore puso en marcha su Talbot, pero no lo hizo recorrer muchos metros, porque no quería alejarse demasiado del castillo. Lo metió por entre unos árboles y lo detuvo. Sheila Norton lo miró.

—¿Por qué nos paramos aquí, Gary?

—Tenemos que volver al castillo, Sheila.

La joven respingó.

—¿Volver...?

—Sí, cuando Trevor Bingham lo abandone. Y si no lo abandona para nada, esperaremos a que anochezca y nos colaremos en él, amparados por la oscuridad.

—¡Es una locura, Gary!

—Bingham nos contó una sarta de mentiras, Sheila. Anoche no llegó solo al castillo, le acompañaba una mujer. Y nada bueno le debió suceder a ella, cuando él niega que se encuentre en el castillo. Las manchas de sangre, la daga limpia... Temo que la chica haya muerto, Sheila.

—¿Muerto...? —respingó de nuevo la muchacha.

—Sí. Y creo que Bingham ocultó su cadáver en el sepulcro del barón Ramsey. Por eso hay manchas de sangre en la cripta. Bingham me fulminó con la mira da cuando me sorprendió intentando abrir la tumba del barón. Y se apresuró a cerrar la ventana, ¿recuerdas? Dejó la cripta prácticamente en penumbra. Y nos sacó pronto de ella, para que no descubriéramos nada.

—¿Piensas que Bingham asesinó a la chica...?

—Sí, con la

daga.

—¿Por qué, Gary?

—Desconozco los motivos, Sheila. Pero lo averigua remos. Lo primero, sin embargo, es encontrar el cuerpo de la chica. No podemos acusar a Bingham de haberla matado si no hay cadáver.

—Eso es trabajo de la policía, Gary.

—Olvídate de la policía. Un buen reportero también es capaz de descubrir un crimen. Y yo lo soy, Sheila. ¿O no...?

—Desde luego, pero...

—Te has ganado un beso la interrumpió Gary.

Y se lo dio.

* * *

Gary y Sheila tuvieron necesidad de acercarse a Burlington, porque sus estómagos reclamaban alimento y Trevor Bingham no dejaba el castillo.

Para ahorrar tiempo, no comieron en el pueblo, sino que compraron unos bocadillos y unas cervezas, y volvieron al mismo lugar de antes.

Allí, entre los árboles y dentro del coche, se zampa ron los bocadillos y se bebieron las cervezas, sin dejar de vigilar el castillo del barón Ramsey, ahora heredado por Trevor Bingham.

El resto de la tarde transcurrió sin novedad.

Y llegó la noche.

Sheila lanzó un suspiro y dijo:

—Me temo que Trevor Bingham no piensa dejar el castillo esta noche, Gary.

—No importa. Nos colaremos igualmente en él —respondió el periodista.

—Esperemos un poco más, por si acaso.

—De acuerdo.

Apenas un par de minutos después, el Opel Rekord de Trevor Bingham salía del castillo.

—¡Es Bingham, Gary! —exclamó Sheila.

—¡Deja el castillo! ¡Qué suerte! —se alegró el reportero.

Como el Talbot tenía las luces apagadas, no podía ser descubierto por Trevor Bingham, cuando pasara con su Opel Rekord cerca de allí.

Trevor, en efecto, pasó sin detenerse.

Gary esperó a que el Opel Rekord se perdiera de vista y entonces puso en marcha su Talbot, sacándolo de entre los árboles y dirigiéndolo hacia el castillo.

Esta vez no lo detuvo frente al puente levadizo, sino junto a uno de los muros laterales, para que no fuera descubierto por Trevor Bingham, si éste regresaba antes de que ellos hubieran salido del castillo.

Gary y Sheila descendieron del Talbot, corrieron hacia el puente levadizo, lo cruzaron, atravesaron el patio, y subieron la escalera de semicaracol.

El reportero llevaba una linterna en la mano, pero todavía no la había encendido, porque la noche no era excesivamente oscura y podían ver dónde pisaban.

Gary empujó la pesada puerta, temiendo que estuviera cerrada con llave. Pero, por suerte para ellos, la puerta cedió y pudieron penetrar en el castillo.

Bueno, una suerte relativa, porque se iban a encontrar lo que menos se esperaban...

Es vestíbulo estaba iluminado por las velas de un candelabro, así que Gary no tuvo necesidad de accionar la linterna.

—Si hay luz, es porque Bingham piensa volver esta noche —dedujo Sheila, cuyo nerviosismo era evidente.

—Seguro.

—Démonos prisa, Gary.

—Bajemos a la cripta.

Fueron hacia ella, cogidos de la mano.

Sheila había dejado el magnetófono en el coche, pero Gary llevaba su cámara fotográfica colgada del hombro, para poder fotografiar el cadáver de la amiga de Trevor Bingham, si lo encontraba.

Bajaron a la cripta, que también se hallaba iluminada por otro candelabro, lo cual extrañó un poco a Gary. Le vino bien, sin embargo, porque no tuvo que recurrir a la luz de su linterna.

De pronto, Sheila dio un chillido y se detuvo en la escalera.

—¡El sepulcro está abierto, Gary!

—¡Es cierto!

—¡Yo me largo!

—¡Espera, Sheila!

—¡Estoy asustada, Gary!

—¡Quédate aquí, si lo prefieres! ¡Yo echaré el

vistazo al sepulcro!

Sheila se quedó en la escalera, temblando, y Gary descendió los escalones que faltaban y se acercó a la tumba del barón Ramsey.

Estaba vacía.

Como era ya de noche, Frederick Ramsey había abandonado su sepulcro.

El día había quedado atrás y el diabólico barón había adquirido los poderes que le proporcionaba la noche. Ya no era débil ni vulnerable, y podía moverse sin temor por el castillo.

Por el castillo... y por donde quisiera.

El barón Ramsey, de noche, era indestructible.

* * *

Gary Moore regresó junto a su novia.

—El sepulcro está vacío. Y limpio. No está el cadáver de la chica, no hay rastros de sangre... Y tampoco están los restos mortales del barón.

Sheila Norton se estremeció.

—¿Cómo es posible, Gary? —preguntó, con débil voz.

—Creo que Trevor Bingham adivinó que volveríamos y cambió el cadáver de la chica de lugar, limpiando luego el sepulcro, para que no quedaran manchas de sangre. Y para ello, claro, tuvo que quitar también los restos mortales de su antepasado, del que debía de quedar ya muy poco. Apenas nada, después de más de doscientos años enterrado.

—¿Qué hacemos ahora, Gary?

—Seguir buscando el cuerpo de la chica, porque no creo que Bingham se llevara el cadáver en el maletero de su coche. Tiene que estar en el castillo. Y hay que encontrarlo, Sheila.

—Lo habrá escondido bien, Gary.

—No importa. Si no se lo ha llevado, lo encontraremos.

Salieron de la cripta, cruzaron el vestíbulo, y fueron hacia la sala de armas.

—Quiero ver si la daga que utilizó Bingham para asesinar a la chica continúa en su sitio o la ha hecho desaparecer también, como el cadáver —dijo el reportero, preparando su linterna.

Pensaba que la sala de armas no estaría iluminada, pero se equivocó.

Había un par de candelabros encendidos.

Las manchas del suelo habían desaparecido, como las de la cripta, pero la daga continuaba en el panel.

Gary y Sheila se acercaron, y el periodista cogió la daga.

—La pequeña mancha de sangre ha sido borrada —dijo, mostrándole el arma a su novia.

—Bingman lo limpió todo.

—De nada le servirá, porque encontraremos el cuerpo de la chica y podremos acusarle de asesinato.

Sheila observó las armaduras.
—¿No lo habrá metido en alguna de ellas, Gary?

—¿Qué?

—El cadáver de la chica. Las armaduras son un buen escondite. Puede estar oculto en una de ellas.

—No me extrañaría nada, Sheila. Echaremos un vistazo a las cuatro —respondió Gary, dejando la daga en el panel.

Después, fue hacia una de las armaduras, seguido de su novia.

Estaban a punto de alcanzarla, cuando alguien apareció en la puerta de la sala de armas. Por su forma de vestir y por su demoníaca forma de mirar, Sheila adivinó que se trataba de El Señor de la Noche y chilló:

—¡El barón Ramsey...!

CAPITULO XI

Gary Moore no llegó a sentir el terror que en aquellos momentos tenia paralizada a su novia, porque no era de los que se asustan fácilmente, pero la siniestra figura de Frederick Ramsey le causó una profunda impresión.

De todos modos, y a pesar de que lo estaba viendo con sus propios ojos, el reportero se resistía a creer que el terrorífico personaje fuese realmente el barón Ramsey.

—No puede ser... —murmuró—. El barón Ramsey lleva más de doscientos años muerto...

—¡Será su espíritu! —gritó Sheila Norton, con las facciones desencajadas. Frederick Ramsey sonrió siniestramente.

—No soy su espíritu. Soy el barón Ramsey en persona. He vuelto a la vida, gracias a Trevor Bingham, que echó sobre mis restos mortales la sangre de una muchacha virgen. Vuelvo a ser El Señor de la Noche.

Gary movió lentamente la cabeza.

—Me niego a creer que seas el auténtico barón Ramsey. Eres sólo un imitador. Un buen imitador, porque tu aspecto impresiona, pero...

—¡Soy el verdadero barón Ramsey!

—El barón Ramsey adquiría extraordinarios poderes por las noches, según dicen.

—¡Es cierto! ¡Por eso me llamaban El Señor de la Noche!

—Demuéstralo.

—¡Con mucho gusto!

El barón Ramsey levantó los brazos y los movió grotescamente, al tiempo que sus ojos se convertían en dos pequeños discos de fuego.

A Sheila se le pusieron los pelos de punta.

—¡Creo que voy a desmayarme, Gary! —advirtió, haciendo un par de gallos con la voz.

—Tranquila, no pasará nada —aseguró el periodista—, Lo de los ojos es sólo un efecto bien logrado. Un truco de mago.

—¿Tú crees?

—Sí, quiere impresionarnos.

—¡Pues lo está logrando!

Todavía flotaban en el aire las palabras de Sheila, cuando ocurrió algo increíble.

¡Las cuatro armaduras se habían puesto en movimiento!

¡Habían cobrado vida!

¡Y avanzaban hacia Gary y Sheila!

* * *

Sheila Norton creyó desvanecerse de pánico.

Le temblaban tanto las piernas, que se le doblaban las rodillas y le resultaba muy difícil sostenerse en pie.

Con ojos desorbitados, reflejando un terror infinito, chilló:

—¡Las armaduras nos atacan, Gary...!

Gary Moore, profundamente impresionado por la demostración de poder del barón Ramsey, retrocedió, empujando a su novia.

—¡Atrás, Sheila!

—¡Nos van a destrozar!

—¡Nos defenderemos!

El reportero tenía agallas.

Y lo demostró, cogiendo una maza con picos.

Tuvo que cogerla con las dos manos, porque era un arma muy pesada, pero también muy efectiva.

—¡Colócate detrás de mí, Sheila!

Su novia obedeció, sin explicarse por qué no se había desmayado todavía.

Una de las armaduras se puso al alcance de la maza que empuñaba tan decididamente Gary, y éste no dudó en arrearle un tremendo mazazo en el peto.

La armadura se vino abajo con estrépito y se desmontó totalmente, rodando cada pieza en dirección distinta.

—¡Esta maza es formidable! —exclamó Gary, y como otra de las armaduras estaba ya muy cerca de ellos, hizo nuevamente uso de la poderosa arma medieval.

Esta vez, la descargó sobre la cabeza de la armadura y el yelmo saltó, cayendo al suelo varios metros más allá. El cuerpo de la armadura, sin embargo, siguió en pie.

El brazo derecho de la armadura intentó agarrar del cuello al reportero, pero éste le arreó un mazazo al hombro y le arrancó el brazo, que cayó

también al suelo.

Un tercer golpe de maza, ahora en el peto, derribó estrepitosamente a la armadura.

El barón Ramsey, viendo lo bien que se defendía el periodista con la maza de picos, movió de nuevo los brazos y las dos armaduras que quedaban enteras, en vez de atacar a Gary y Sheila, fueron hacia la pared y tomaron sendas armas.

Una de las armaduras había empuñado un hacha enorme. La otra, una espada, muy grande también.

Después, ambas armaduras avanzaron hacia el reportero y su novia, con el hacha y la espada en alto, respectivamente.

—¡Esto se pone feo, Sheila!
—¡Vamos a morir, Gary!

—¡Yo no he dicho eso, nena! ¡Quédate aquí mientras hago frente a las dos armaduras! —pidió el periodista, y saltó hacia adelante.

No podía luchar teniendo a Sheila pegada a su espalda, porque si esquivaba un golpe de hacha o de espada, ella podía recibirlo y perder la vida en el acto.

Sheila lo comprendió así y continuó pegada a la pared.

Desde allí, vio cómo la armadura de la derecha descargaba su hacha sobre Gary. Afortunadamente, falló el hachazo, porque el reportero saltó de lado con evidente agilidad y burló el arma.

Antes de que la armadura levantara de nuevo su hacha, Gary le atizó con la maza de picos y la desmontó totalmente, haciendo rodar sus diferentes piezas por el suelo.

—¡Cuidado, Gary...! —gritó Sheila, viendo que la otra armadura atacaba con su enorme espada al periodista.

Gary Moore supo burlar el acero, dando un nuevo salto, y después descargó su maza sobre la armadura, convirtiéndola también en un montón de piezas. Sheila Norton sintió deseos de aplaudir, pero no lo hizo.
Lo que hizo, fue mirar al barón Ramsey.

Seguía en la puerta de la sala de armas, contrariado por la valentía y habilidad del reportero, que había sabido destrozar a las cuatro armaduras.

Gary lo miró también y dijo:

—¡Voy a por usted, barón!

—¡Intenta acercarte a mí y verás lo que pasa, estúpido!

—¡A mí no me asustan los poderes, barón Ramsey! —aseguró el bravo reportero, y fue hacia él, con la maza en alto.

El Señor de la Noche hizo un par de extraños gestos con las manos.

Sheila se asustó.

—¡Ten cuidado, Gary!

—¡No temas! —respondió el periodista, y siguió aproximándose al diabólico barón.

De repente, Gary dejó de tener una maza de picos en las manos.

¡Ahora tenía un bicho!
¡Un ciempiés enorme!

Sheila dio un chillido ensordecedor.

Gary se apresuró a soltar al bicho, consciente de su peligrosidad, ya que no ignoraba que los ciempiés tienen en la boca mandíbulas ganchudas que, al morder el animal, sueltan un veneno muy activo.

Y eso pretendía el ciempiés, morderle en una mano.

De ahí que lo hubiera soltado con tanta rapidez.

Gary dio un salto hacia atrás.

El barón Ramsey lanzó una carcajada escalofriante.

—¡Mira en lo que he convertido la maza de picos, estúpido!

—¡Maldito! —barbotó el reportero, con los puños rabiosamente apretados.

—¡Mi poder es infinito! ¡Nadie puede nada contra mí!

El enorme ciempiés fue hacia Gary, pero éste, en vez de retroceder, levantó la pierna y descargó el pie sobre la cabeza del animal, con todas sus fuerzas.
Se la machacó literalmente, causándole la muerte.

Y fue entonces, al perder la vida, cuando el gigantesco ciempiés se transformó y volvió a ser lo que era antes, una maza de picos.

Gary estuvo tentado de empuñarla de nuevo, pero como temía que el barón Ramsey la convirtiera en otro terrorífico bicho, prefirió atacarle con sus puños.

—¡Yo acabaré con sus trucos de mago aficionado, barón! —dijo, y fue decididamente hacia él.

—¡No, Gary! —chilló Sheila, temiendo por la vida de su novio.

El valiente reportero no hizo caso y atacó al barón Ramsey.

El Señor de la Noche, haciendo nuevamente uso de sus poderes, se elevó como un pájaro y empezó a volar por la sala de armas.

—¡Cielos! —exclamó Sheila, estremecida.

Gary también quedó impresionado por la nueva y espectacular demostración del barón Ramsey.

—¡Baja de ahí, pajarraco! —rugió—. ¡Pelea como los hombres!

—¡Prepárate, estúpido! —respondió el barón, y se lanzó hacia él como un avión de combate.

Gary no tuvo más remedio que arrojarse al suelo, para no verse violentamente arrollado.

El barón Ramsey pasó por encima de él como un cohete y volvió a ganar altura, dejando oír su risa de ultratumba.

Después, fue hacia Sheila.

Ahora le tocaba a ella.

La muchacha tuvo un fallo cardíaco.

—¡Gary...! —chilló, sin fuerzas para apartarse de la pared y echar a correr como una loca.

CAPITULO XII

Gary Moore se incorporó de un salto.

—¡No toques a Sheila, maldito! —rugió, mientras acudía en auxilio de su novia.

El barón Ramsey, volando como un cuervo gigante, alcanzó a Sheila Norton y la agarró del pelo, izándola de esta manera tan dolorosa.

La joven chilló, aunque más de terror que de dolor.

—¡Socorro, Gary...!

El reportero, al pasar por donde yacía la enorme espada que una de las armaduras utilizara contra él, se detuvo un momento, se agachó con rapidez, y la empuñó con ambas manos.

—¡Suelta a Sheila, cobarde! —gritó—. ¡Baja y enfréntate a mí de hombre a hombre, sin hacer uso de tus malditos trucos! ¿A que no te atreves, gallina?

El barón Ramsey, furioso por los insultos del periodista, soltó el pelo de Sheila y ésta cayó al suelo desde unos dos metros de altura, propinándose un buen batacazo.

—¡Te voy a dar una buena lección, estúpido! —rugió El Señor de la Noche, y se posó en el suelo, a pocos metros del reportero.

—¿Con trucos o sin trucos? —preguntó Gary.

—¡No haré uso de mis poderes, te doy mi palabra!

—¡Coge un arma entonces!

—¡No la necesito!

—¿Quieres que te atraviese con

esta espada, buitre?

—¡Inténtalo y verás qué sorpresa te llevas!

—¿En qué piensas convertir mi espada, maldito?

—¡En nada! ¡No voy a hacer uso de mis poderes, va te lo he dicho!

—¡Está bien, allá voy!

Gary tomó carrera y fue hacia el barón Ramsey, con el espadón por delante.

Sheila, desde el suelo, musitó:

—Dios mío, protégele...

Se refería a Gary, claro.

Al barón Ramsey, ya se encargaba de protegerle el mismísimo Satanás, porque sus temibles poderes nocturnos los recibía del rey de todos los demonios.

Gary pensaba que El Señor de la Noche intentaría burlar su ataque, pero se equivocó. No se movió de donde estaba y recibió la estocada en pleno estómago. Una estocada mortal de necesidad, porque la espada le atravesó el cuerpo y asomó por la espalda, atravesando también la negra capa.

Sin embargo, el barón siguió en pie.

Como si nada.

Y es que nada le había hecho la espada.

Gary empezó a comprenderlo cuando vio que no brotaba una sola gota de sangre del estómago del barón Ramsey. Retiró la espada bruscamente y buscó la herida con sus asombrados ojos.

No la encontró.

Y es que no existía tal herida.

Ni siquiera la ropa del barón aparecía atravesada por el acero.

—No es posible... —murmuró el reportero, absolutamente perplejo. Sheila se hallaba tan perpleja como él.

Había visto cómo Gary le soltaba la feroz estocada al barón Ramsey, y sin embargo...

El Señor de la Noche rompió a reír.

—¡Te dije que nada ni nadie puede conmigo, estúpido! —le recordó al reportero, antes de soltarle un duro revés.

Gary cayó al suelo y perdió la pesada espada.

Estuvo a punto de no recuperarla, porque para lo que le servía...

No obstante, y actuando de una manera más bien instintiva, agarró el arma por el extremo del acero, porque era lo que más cerca tenía, y se levantó del suelo.

—¡Engendro del demonio...! —rugió, levantando la espada.

Tenía intención de golpear la siniestra cara del barón con la gruesa empuñadura del arma. Tampoco le haría nada, seguramente, dado el extraordinario poder de Frederick Ramsey, pero estaba tan furioso que...

Sin embargo, Gary no llegó a descargar la empuña dura de la espada sobre el rostro de El Señor de la Noche, porque éste dio un gran salto hacia atrás cuando vio la espada en aquella posición, como si fuera una cruz.

La cara del barón Ramsey se

había transfigurado.

Ahora expresaba odio.

Rabia.
Temor...

El barón dio media vuelta y echó a correr como una flecha, desapareciendo de la sala de armas en sólo unos segundos.

* * *

Gary Moore seguía con la espada levantada, empuñada por el extremo del acero. Se estaba preguntando qué era lo que había hecho huir tan velozmente al barón Ramsey, cuando, de pronto, exclamó:

—¡La cruz!

Sheila Norton, tan sorprendida como él por la inesperada huida de El Señor de la Noche, murmuró:

—¿Qué?

—¡Eso es lo que ha hecho huir al barón, Sheila! ¡La espada, tal y como yo la tengo cogida, parece una cruz! ¡Y la cruz es el símbolo de Dios! ¡El barón Ramsey no puede ver ninguna cruz, porque él representa al Demonio!

La muchacha se incorporó lentamente.

—¿Será cierto que Trevor Bingham lo resucitó, echándole la sangre de una muchacha virgen...? — preguntó.

—Me temo que sí, Sheila.

—¿Cómo es posible?

—No lo sé. Pero no hay duda de que se trata del auténtico barón Ramsey. No podemos tenerla, después de lo presenciado. La leyenda era cierta, el barón Ramsey adquiere extraordinarios poderes cuando llega la noche. Hizo que cuatro armaduras vacías nos atacaran, convirtió la maza de picos en un monstruoso ciempiés, voló como un pájaro, permitió que le atravesara con la espada...

—¡Y no le hiciste nada, Gary!

—Es un ser diabólico e indestructible, Sheila. De noche al menos.

—Sólo teme a la cruz...

—Sí, la cruz le hace huir, pero tampoco lo destruye. Sirve para defenderse de él, pero no para acabar con su maldita existencia. Creo que sólo durante el día tendremos posibilidades de destruir a ese ser maligno y demoníaco. ¿Recuerdas que Trevor Bingham se dio mucha prisa en cerrar la ventana de la cripta, dejándola en penumbra...?

—Sí.

—La luz solar debe ser el peor enemigo del barón Ramsey.

—¿No será un vampiro, Gary...?

—Algo parecido.

—¿Y por qué le ayudaría Bingham?

—Debe estar loco. No se me ocurre otra explicación.

—¿Qué vamos a hacer, Gary?

—Esperar a que amanezca. Cuando nazca el nuevo día,


intentaremos acabar definitivamente con el barón Ramsey.

—Faltan muchas horas.

—No importa. Mientras yo empuñe la espada de esta manera, haciendo que parezca una cruz, estaremos seguros. El barón Ramsey no podrá hacernos nada. Ni siquiera acercarse a nosotros.

—¿Y si regresa Bingham...?

—Diablos, ya no me acordaba de él —rezongó el' reportero.

—Hará todo lo posible por evitar que destruyamos al barón Ramsey.

—Seguro.

—¿Por qué no abandonamos el castillo y volvemos por la mañana? —sugirió Sheila.

—No, es mejor que aguardemos el regreso de Bingham y le sorprendamos antes de que hable con el barón Ramsey. Si dejamos el castillo, el barón informará a Bingham de todo y mañana nos estará esperando, para ser él quien nos sorprenda a nosotros.

—Tienes razón.

—Vamos, Sheila. Esperaremos a Bingham en el vestíbulo. Y cuando lo tengamos en nuestro poder, nos dirá dónde ocultó el cadáver de la muchacha cuya sangre sirvió para que el diabólico barón Ramsey volviera a la vida después de más de doscientos años encerrado en su sepulcro.

* * *

Trevor Bingham no se había alejado mucho del castillo.

Sospechaba que Gary Moore y su novia volverían.

Y lo mismo sospechó el barón Ramsey, cuando Trevor le informó, tan pronto como se hizo de noche y pudo abrir el sepulcro en donde descansaba El Señor de la Noche.

Del barón Ramsey fue la idea de que Trevor abandonara el castillo, para facilitarles las cosas al reportero y a su novia. Le indicó que se marchara, que esperara una hora, y luego regresara.

Trevor consultó su reloj.

Ya había pasado la hora.

El barón Ramsey ya se habría ocupado debidamente de Gary Moore y su novia, así que Trevor puso su Opel Rekord en funcionamiento y regresó al castillo, sin sospechar que El Señor de la Noche no había podido atrapar al reportero y a su chica, al haber encontrado Gary, aunque de forma casual, la manera de rechazar al maléfico barón.

Y tampoco sospechaba, claro, que Gary y Sheila le estaban esperando, para atraparlo y obligarle a decirles dónde había escondido el cuerpo sin vida de la infortunada Alice Copeland.

Totalmente confiado, Trevor alcanzó el castillo, detuvo el coche en el patio, salió del vehículo, subió la escalera de semicaracol, empujó la pesada puerta, y...

—¡Quieto, Bingham! —ordenó Gary, amenazándole con la espada medieval.

CAPITULO XIII

Trevor Bingham se llevó una sorpresa morrocotuda.

Y un buen susto, también, porque Gary Moore le había puesto el extremo de la espada en la garganta, como si pensara atravesársela.

—Entre, Bingham —indicó el reportero—. Y no intente nada, porque no viviría para contarlo.

Trevor obedeció.

Había palidecido y le temblaban los labios.

—Cierra la puerta, Sheila —dijo Gary.

Su novia lo hizo, empujando con fuerza con las dos manos. El reportero, sin retirar la punta de la espada del cuello de Trevor Bingham, vigilaba la puerta de la cripta y la escalera que se veía al fondo del vestíbulo, por si aparecía de pronto el barón Ramsey, aprovechando que él no empuñaba en aquellos momentos la espada por el extremo del acero y ya no parecía una cruz.

Pero El Señor de la Noche no se dejó ver, pensando sin duda que el periodista tardaría apenas un segundo en tomar la espada por el acero y convertirla en una cruz, lo que le obligaría a desaparecer de nuevo con la mayor rapidez.

—Átale las manos a la espalda, Sheila —indicó Gary.

La muchacha, que ya sabía con qué debía atársela, porque su novio le había dado instrucciones mientras esperaban el regreso de Trevor Bingham, despojó a éste del cinturón y le sujetó las manos con él, fuertemente.

Trevor, algo repuesto de la sorpresa y del susto, preguntó:

—¿Qué significa esto, Moore?

—El barón Ramsey no pudo con nosotros, Bingham. Le hicimos huir cogiendo la espada de esta manera —respondió Gary, tomando el arma por el extremo del acero.

Trevor se estremeció visiblemente.

—La cruz... —murmuró.

—Sí, la cruz, el símbolo del Bien. El barón Ramsey representa al Mal, y no puede tolerar la presencia de una cruz. Por eso se esfumó al instante. Y no ha vuelto a aparecer.

Trevor guardó silencio.

Gary preguntó:

—¿Dónde está el cadáver de la muchacha virgen cuya sangre sirvió para que el barón Ramsey volviera a la vida?

Trevor siguió callado.

Gary volvió a ponerle la punta de la espada en la garganta.

—O nos lo dice, Bingham, o le saco la espada por la nuca —amenazó presionando ligeramente con el acero.

Trevor sintió el pinchazo y, dominado por el miedo, respondió:

—Está arriba, en la primera alcoba.

—Lo comprobaremos. Vamos, Bingham, muévase —ordenó Gary, empujándolo.

Trevor caminó hacia la escalera que había al final del vestíbulo, seguido de cerca por Gary y Sheila. El reportero llevaba de nuevo la espada medieval cogida por el extremo del acero, para mantener alejado al barón Ramsey. Alcanzaron la escalera y subieron por ella.

El Señor de la Noche no se dejó ver.

Una vez arriba, fueron hacia la puerta de la primera alcoba y entraron en ésta. Sheila no pudo reprimir un grito de horror.

Y es que el cadáver de Alice Copeland, efectivamente, estaba allí, sobre

la alta cama con dosel.

La blancura del cuerpo desnudo de la infortunada producía una terrible impresión, así como la espantosa herida que tenía en el cuello, causada por la afilada daga que manejara el diabólico barón Ramsey.

Tenía, además, la cara y el pelo manchados de sangre, lo mismo que los muslos. Era un espectáculo horrible.

Estremecedor.

Gary sintió deseos de golpear a Trevor Bingham, el verdadero responsable de todo.

—¡Canalla! —rugió, agarrándolo del pelo.

—¡Yo no la maté, Moore! —gritó Trevor, asusta do—. ¡Fue el barón Ramsey! ¡Le atravesó el cuello con la daga, para alimentarse con su sangre! ¡La recogió toda en su copa y se la bebió!

Sheila se horrorizó aún más.

—¡Dice que el barón se bebió su sangre, Gary! —galleó.

El reportero, sin soltar el pelo de Trevor Bingham, barbotó:

—¡Usted echó la sangre de la muchacha sobre los restos mortales del barón Ramsey, Bingham! ¡Tuvo que matarla usted!

—¡No, lo juro! ¡Yo me limité a acabar con su virginidad, mientras ella permanecía inconsciente! ¡Sólo hacían falta unas pocas gotas de sangre, las que brotaron de su himen, para devolverle la vida al barón Ramsey! ¡El libro lo decía!

—¿Libro?... ¿Qué libro?

—¡El que habla sobre el barón Ramsey! ¡Lo encontré en la biblioteca!

—¿Dice algo ese libro sobre la cruz?

—¡Sí, que obliga a huir al barón!

—¿Y sobre la luz del día...?

—¡El barón no puede resistirla!

Gary sonrió levemente.

—Es cuanto quería saber, Bingham —dijo, y le soltó el pelo con brusquedad.

* * *

Estaba amaneciendo ya.

El barón Ramsey no había dado señales de vida desde que huyera de la sala de armas.

—Se aproxima el momento de bajar a la cripta —dijo Gary Moore, que no había soltado la espada medieval en toda la noche, porque era lo único que les podía proteger del barón Ramsey.

—¿Estará el barón en su tumba, Gary? —preguntó Sheila Norton, nerviosa.

—Sólo allí puede protegerse de la luz del día. ¿No es así, Bingham?

—Sí.

—Acabaremos con él.

—No será fácil, Moore —advirtió Trevor.

—El barón Ramsey no tiene poderes durante el día, Bingham. Usted lo sabe tan bien como yo.

—Sí, pero...

—Quiere asustarnos, ¿eh?

—No, sólo trato de salvarles la vida.

—¿A nosotros... o al barón?

—A ustedes, Moore.

—Es usted un cínico, Bingham. ¡Vamos, camine! —ordenó el reportero, empujándolo hacia la cripta.

Trevor no tuvo más remedio que mover las piernas.

Gary y Sheila le siguieron.

El periodista se veía más sereno que su novia.

Y es que Sheila tenía el presentimiento de que el barón Ramsey, aun siendo de día, les había preparado una desagradable sorpresa.

No se equivocaba.

La muerte aguardaba en la cripta.

En la misma entrada.

Pero, como Trevor Bingham fue el primero en cruzar la puerta, la sorpresa fue para él. La sorpresa... y la muerte instantánea, porque la trampa preparada por El Señor de la Noche funcionó con matemática y extraordinaria efectividad.

Se trataba de un cepo gigante, colocado justo encima de la puerta, abierto. Y estaba colocado de manera que, en cuanto alguien cruzara la entrada, el cepo cayera y se cerrara, atravesando con sus afilados dientes el cuello de la víctima.

El barón Ramsey esperaba que las víctimas fueran Gary y Sheila, pero fue el heredero de su castillo quien pagó el pato.

Trevor Bingham no tuvo tiempo ni de gritar.

Cayó inmediatamente al suelo, con el cuello ensartado por los largos dientes del gigantesco cepo, chorreando sangre.

Quien sí gritó, fue Sheila.

Gary la abrazó, para tranquilizarla.

—¡Larguémonos, Gary! —pidió ella.

—Tenemos que acabar con el barón Ramsey, Sheila.

—¡No podremos! ¡Moriremos, como Bingham!

—No creo que haya más trampas. Pero, por si acaso, bajaremos a la cripta con mucho cuidado.

Lo hicieron así, pasando por encima del cadáver de Trevor Bingham.

No había más trampas preparadas, por lo que llegaron abajo sin problemas.

La cripta se hallaba prácticamente en penumbra.

Y el sepulcro del barón, cerrado.

Gary cogió la cuerda que abría la alta ventana y tiró de ella.

Al abrirse la ventana, la cripta se llenó de luz solar.

El reportero le entregó su cámara fotográfica a su novia y dijo:

—En cuanto abra el sepulcro, empieza a hacer fotos. ¿De acuerdo...?

Sheila se mordió los labios.

—No sé si podré, Gary. Me tiemblan mucho las manos.

—Tienes que disparar tú la cámara, Sheila. Yo tengo que sostener la espada a modo de cruz, para que el barón Ramsey no pueda atacarnos.

—Está bien —respondió la joven, y preparó la cámara.

Gary inspiró profundamente y después abrió el sepulcro, retirándose inmediatamente.

El barón Ramsey, en efecto, descansaba en su tumba, con los ojos cerrados, pero los abrió de golpe en cuanto la luz del sol inundó el sepulcro.

Dio un terrible rugido de cólera y trató de saltar de su tumba, pero Gary estiró los brazos y le acercó la espada medieval, sostenida a modo de cruz.

—¡Quieto, maldito! ¡No salgas de ahí!

El Señor de la Noche lanzó otro espeluznante rugido, agarrado a los bordes del sepulcro, pero no abandonó su tumba. No podía hacerlo, porque la luz solar le estaba dejando sin fuerzas.

Casi en seguida, su cuerpo empezó a desintegrarse.

Sheila no paraba de hacer fotos, a pesar de su terror y de sus temblores, y Gary no retiraba la espada, ahora convertida en cruz.

El barón Ramsey rugía como una bestia herida, mientras su cuerpo se descomponía. Se retorció en el interior de su sepulcro, atrapado en él, sin escapatoria posible.

Apenas un par de minutos después, del diabólico barón no quedaba más que las cenizas. Lo normal, en alguien que llevaba más de doscientos años muerto...

EPILOGO

Aquella misma tarde, *El Correo Londinense* lanzaba una edición especial, para dar a conocer al público el extraordinario reportaje conseguido por Gary Moore en el castillo del barón Ramsey, titulado, como ya decidiera el periodista el día anterior, «El Señor de la Noche».

El reportaje causó sensación.

Y eso que las fotos tomadas por Sheila Norton en la cripta, mientras el barón Ramsey era destruido por la luz del sol, no habían salido.

Bueno, el que no había salido en las fotos, era el barón.

Su sepulcro sí.

No había sido, pues, culpa de Sheila.

Ella tomó las fotos bien.

El barón Ramsey no podía ser captado por el objetivo de una cámara fotográfica, por la misma razón que no podía verse reflejado en un espejo.

No era un ser de carne y hueso, aunque lo pareciese.

Por eso Gary no le hizo nada, cuando lo atravesó con la espada medieval. No podía matar a alguien que llevaba más de doscientos años muerto.

En realidad, lo que la espada atravesó, fue el espectro del barón Ramsey, aunque pareciese que se trataba del barón en persona,, gracias a los poderes que le habían sido otorgados por el mismísimo rey de los infiernos.

Así lo explicaba Gary, en su sensacional reportaje, que ofrecía numerosas fotos del castillo del barón Ramsey. Especialmente, de la cripta, de la sala de armas, y de la alcoba en donde Trevor Bingham dejara el cadáver de Alice Copeland.

Trevor también aparecía en el reportaje, con el gigantesco cepo atravesando su cuello.

El éxito del reportaje fue tal, que *El Correo Londinense* se vio obligado a lanzar nuevas ediciones, porque la primera se agotó en un tiempo récord.

Y la segunda.

Y la tercera...

Stephen Waxman, naturalmente, estaba loco de contento.

Le subió el sueldo a Gary, claro, después de felicitarle por su fantástico reportaje.

—Creo que ya nos podemos casar, Sheila —le dije el reportero a su novia.

—¡Gary! —exclamó ella, loca de alegría.

—Así te convencerás de que para mí no existe más mujer que tú y no volverás a romperme búcaros en la cabeza.

—¡Seguro que no!

Rieron los dos alegremente, antes de unir sus bocas en un beso tremendo.

FIN